



UNIVERSIDAD BÍBLICA
LATINOAMERICANA
PENSAR • CREAR • ACTUAR

BACHILLERATO EN CIENCIAS TEOLÓGICAS
BACHILLERATO EN CIENCIAS BÍBLICAS

LECTURA COMPLEMENTARIA SESIÓN 9

CBX 108 ANTIGUO TESTAMENTO II

Elorza, José Luis. “Job: cuando Dios pone difícil creer en Él”. En *Drama y esperanza: Lectura existencial del Antiguo Testamento. Tomo III: El ser humano interrogado por la realidad: Libros sapienciales*, 101-154. Estella: Verbo Divino, 2017.

3 | Job: cuando Dios pone difícil creer en Él

Todos los progresos espirituales parten de un sufrimiento y de una crisis.
E. Mounier

- ❶ ¿El paciente Job o el rebelde Job?
- ❷ Sufrir en la vida, ¿no es peligroso?

1. De la leyenda a un libro bíblico escandaloso

«Había una vez en el país de Hus un hombre llamado Job...»: así comienza todo cuento. El de Job se transmitía, desde hace más de 3.000 años, por los pueblos de Oriente Próximo. Hablaba de un hombre modélico: además de justo, honrado, intachable y reverente para con Dios, era afortunado; poseía todo lo que el hombre podía soñar en su tiempo: familia numerosa, inmensa riqueza, envidiable reconocimiento social. ¡La personificación del hombre feliz y realizado, la estampa de una existencia paradisíaca en este mundo! Lo más interesante del cuento venía ahora: habiendo quedado en la ruina y en la deshonra más totales, había reaccionado con una «paciencia como la del santo Job», se dice proverbialmente. Por lo que Dios le había bendecido con nueva familia, bienes más abundantes y una larga y dichosa vida.

Se trata de un cuento-leyenda; ¿con fondo histórico? La pregunta no tiene interés mayor; el interés de la obra está en su mensaje. Es posible que un tal Job hubiera vivido en Edom (sur de la actual Jordania). Su recuerdo y fama habían traspasado las fronteras hacia los pueblos

vecinos de Oriente, en versiones que iban enriqueciéndose con retoques y variantes. También en Judá se conocía la leyenda, en versión israelita; y el profeta Ezequiel, hacia los años 590 a.C., se atreve a presentar a Job, junto con Noé y Danel, como uno de los santos paganos de la Antigüedad (Ez 14,14.19-20).

Por fin, en torno a los años 400-350 a.C., un autor judío retoma la milenaria leyenda, la retoca, le añade por su cuenta un largo poema y, ¡hela aquí, reconvertida en el actual libro de Job! Partiendo de un cuento de un solo capítulo, el autor lo transformó hasta convertirlo en un libro de 42 capítulos, ¡una obra cumbre de la literatura universal! (Algo similar hizo Shakespeare en su *Romeo y Julieta*, a partir de una obra sobre dos amantes que venía contándose y representándose desde siglos atrás). Así se gestó este libro genial, llamativamente moderno, revolucionario y provocativo, no apto para piadosos y conformistas, dirá L. Alonso Schökel. Libro comparable con pocos, tanto por su exquisito valor poético como, sobre todo, por su honda temática antropológica y teológico-espiritual. Con el libro de Qoh (el siguiente a estudiar), nos fuerza a asomarnos a dos abismos de misterio: Dios y el ser humano. ¿No se remiten el uno al otro? ¡Ambos insoslayables, inseparables, demasiado profundos para ser aclarados!

Desconocemos el nombre del autor judío del siglo IV; con todo, algo podemos decir de él. Fue ante todo un «sabio», es decir, un pensador y un teólogo crítico: interroga la realidad, sintoniza con la problemática de su tiempo. Todo un «maestro de la sospecha» que pone en solfa verdades sagradas e indiscutibles de la tradición. Intentó escribir algo que rompiera con el pensamiento tradicional y abriera caminos nuevos al pensar y sentir de su tiempo. Para él, la fe y la teología necesitaban romper su cascarón para poder avanzar, criticarse a sí mismas para responder a los retos intelectuales y existenciales que planteaban los nuevos tiempos. ¡Condición para ahondar en el doble misterio de la existencia humana y de Dios! ¿Pudo escribir esta obra sobre el Job sufriente, con sus audaces preguntas, sin sufrir personalmente en su propia carne la desgracia y el dolor? En todo caso, está sensibilizado con el sufrimiento y el malestar de su pueblo. Y además de pensador, fue «un gran literato, excelente escritor, magnífico poeta» (L. Alonso Schökel). Sabía escribir bella y magistralmente: lo demuestran su estilo, la riqueza de sus imágenes, la pasión que imprime a su personaje protagonista, su vigor expresivo y dramático. En una palabra, ¡un autor genial, tanto por su lenguaje como por su temática!

El anónimo autor del siglo IV a.C. recoge la antigua narración, la retoca, la completa y la pone como prólogo y epílogo de su libro (Job 1-2 + 42,7-17: según los especialistas, los diálogos entre Dios y el satán son creación suya, así como el capítulo 2 entero). Podríamos llamarlo «el

primer Job», la versión transformada del «Job preisraelita». Pero pretendía más; por su cuenta creó y añadió la parte más larga y novedosa del actual libro: el poema en verso de Job 3–27 + 29–31 + 38,1–42,6 (el resto de los capítulos, 28 y 32–37, son probablemente adiciones posteriores). Es la parte más original y audaz, así como la más fascinante y la más «bíblica». El autor judío reconvirtió a fondo el antiguo cuento: lo transformó en drama teatral, y su protagonista, el «paciente y conformado Job», lo remodeló en un Job desgarrado por una atroz crisis: un «Job rebelde, cuestionador y tan blasfemo como los mayores ateos». ¡Un Job de nuevo rostro que se encara con la terrible adversidad con sus peores pensamientos sobre Dios y la vida! Un Job convertido en portavoz de los innumerables hombres y mujeres dolientes de la historia de la humanidad, forzados a hacerse la pregunta, inevitable: «¿por qué?». Desde entonces sigue siendo «una obra siempre joven» (L. Alonso Schökel). Un libro que da que pensar, seas creyente o no. ¿No estamos todos heridos por experiencias duras de la existencia?, ¿intrigados por los lados sombríos de la vida y cuestionados por mil interrogantes? «Un drama con muy poca acción y mucha pasión», lo define el mismo L. Alonso Schökel con gran acierto (como ocurre en el filme *Noche oscura* de Carlos Saura sobre san Juan de la Cruz en la cárcel; o en el drama teatral *Las prostitutas os precederán en el reino de los cielos*, de Martín Descalzo; o en *Cinco horas con Mario*, de Miguel Delibes).

El actual libro de Job viene a ser un drama teatral en cuatro actos, perfectamente representable en un escenario (cuatro actos, si incluimos el tercero, Job 32–37, añadido más tarde). El segundo es un «debate en mesa redonda» entre los actores: el protagonista Job por una parte, crítico y buscador apasionado de nuevas respuestas al problema del sufrimiento de los inocentes y justos; sus tres amigos por otra, representantes de ideas tradicionales, sordos e insensibles al dolor de los que sufren; y, en el trasfondo, Dios, objeto del debate. Como todo drama, tiene su dinámica interna: nos permite seguir al protagonista Job en un patético itinerario existencial y espiritual.

UN DRAMA EN CUATRO ACTOS

El antiguo cuento, de un solo capítulo (Job 1), fue reconvertido en un drama teatral de 42 capítulos. Tiene dos partes, pero la segunda, la más importante, tiene dos momentos. He aquí la estructura dinámica del drama:

- ⌈ **Job 1-2:** el prólogo, con la antigua leyenda o cuento (está recogido en Job 1,1-5.13-19.21a.22 y 42,11.12-15.¿16-17?); lo completa con añadidos: el personaje «el satán» y sus diálogos con Dios, la mujer, los tres amigos; en el epílogo (42,7-17) recoge el final del antiguo cuento, añadiendo los vv. 7-9. Presenta a Job en su primera reacción ante la desgracia; podríamos llamarlo «el primer Job» (primer acto teatral y primer momento) (véanse pp. 104-112).
- ⌈ **Job 3-27+29-31:** segundo acto y segunda reacción de Job; el autor ha creado un debate o mesa redonda entre Job y sus tres amigos en tres ruedas de diálogo (véanse pp. 113-140). Es la parte más interesante: un nuevo Job, llagado en su cuerpo entero y desgarrado por dentro, pone en solfa las verdades más sagradas.
- ⌈ **Job 32-37:** escrito e intercalado probablemente más tarde; un nuevo interlocutor suelta un largo monólogo sobre el valor educativo del dolor; lo dejamos de lado. (Así como Job 28: otro cap. intercalado, una pieza magistral sobre la sabiduría inalcanzable para el ser humano). (Se podría dejar de representar este tercer momento; no lo comentaremos aquí.)
- ⌈ **Job 38,1-42,6:** cuarto acto y momento. Tras el debate del segundo acto, interviene, por fin, Dios, el «otro actor» que ha estado callado hasta ahora, objeto del debate; en él, Dios logra la mejor respuesta que cabe de un ser humano sufriente (véanse pp. 141-147).

El autor judío ha conservado, con sus retoques, el final del primitivo cuento (42,7-17), como epílogo de toda la obra (estropeándola en cierto modo).

2. ¿Crear en Dios desde los infiernos del mundo?

El autor judío comienza por convertir el primitivo cuento en un primer acto teatral de cinco breves escenas; unas ocurren en la tierra, otras en el cielo, pero están estrechamente relacionadas entre sí (L. Alonso Schökel). Todo es ficticio («el satán» y sus diálogos con Dios, la mujer con su propuesta...), como en los cuentos, dramas y filmes; pero ¿no reflejan la realidad humana? Al leer Job 1-2, nos convertimos en espectadores, espectadores tocados: las escenas del acto con sus diálogos nos alcanzan de lleno y nos hacen reflexionar. ¡Imposible permanecer impasibles! Merece la pena leer Job 1-2, escena por escena.

1) Cuando vas por un camino de rosas

Job aparece como la encarnación misma del hombre honrado, religioso y feliz, al mismo tiempo (1,1-5: 1ª escena, en la tierra). Todo le acompaña en la vida: salud personal, felicidad familiar, riqueza, prestigio social... ¡Ningún rasguño siquiera por ningún lado por una parte, una existencia colmada por otra! Se puede ser feliz así. El hombre afortunado, dirían muchos, el bendecido por Dios, decían entonces. ¿No es el premio a su justicia y honradez, según las ideas de su tiempo? De hecho se subraya repetidamente su «ser justo y honrado, religioso y apartado del mal»; «no hay otro como él», lo reconoce Dios mismo dos veces. ¡El hombre íntegro e intachable! ¡Una estampa personal, familiar, social, ética y religiosa perfecta e irreprochable! (leer Job 29 y 31).

Pero he aquí algo novedoso en la 2ª escena (1,6-12). Los focos se dirigen al plano superior del escenario teatral, el cielo, para simbolizar el plano trascendente y misterioso de la existencia. En él, Dios, y junto a Él, la figura intrigante de «el satán». Personaje literario y ficticio este, pero muy significativo en el drama: representa la sospecha. Es «el inspector suspicaz» que merodea por el mundo observando a los seres humanos con maligna intención: no cree fácilmente en la bondad del ser humano y menos en la calidad de sus motivaciones interiores ¿No cabe sospechar del hombre más pintado y honorable? «No es oro todo lo que reluce». El ser humano puede practicar la religión para tener a Dios metido en el bolsillo y domesticado. «Do ut des»: soy justo, rezo, practico la religión, cumplo los mandamientos, para que me lo devuelvas en bienes materiales, sociales, familiares, afectivos. ¡Moralidad y religiosidad comerciales: resultan rentables! Una religión funcional. Satanás, el fiscal del hombre, le espeta a Dios con descaro: «¿Crees tú que su religión y su rectitud moral son desinteresadas y gratuitas?» (1,9: versículo clave del relato). ¡Lo tratas tan bien, lo llevas en mantillas! «Pero tócalo en sus seres queridos, daña sus posesiones, y te apuesto a que te maldice en tu cara». ¡Todo un desafío a Dios!: ¿no cree demasiado fácilmente en la bondad del ser humano?, ¿no espera demasiado del mismo al crearlo libre y ponerlo en este mundo arisco y nada idílico? La pregunta del satán sobre Job (1,9; y luego, 2,4ss) tiene que ver con algo hondo, con la calidad humana, moral y religiosa del ser humano: qué valores morales y espirituales vive; qué abriga en su corazón; si le mueven motivaciones limpias o meros intereses materiales u otros... Pues cabe de todo: detrás de lo mejor (honradez, religiosidad, incluso heroísmo...), puede haber un corazón sucio, egoísta, interesado. «Aunque haga milagros, aunque reparta mis bienes y llegue a entregar mi cuerpo a las llamas, si me falta el amor...», no vale nada, diría Pablo de Tarso (1 Cor 13). ¿Cómo será en el caso de Job?

POR UN CAMINO DE ROSAS

¿No cabe pensar mal precisamente del hombre justo y religioso? Detrás de la religión se oculta tan a menudo lo más falso e incluso lo más perverso: nos lo demuestran los casos escandalosos que nos traen los medios de comunicación; nos lo conforma la psicología moderna, sobre todo desde Sigmund Freud, y lo han sabido los grandes maestros espirituales de siempre. ¿No lo mueven en realidad al hombre virtuoso y religioso oscuras razones y cálculos egoístas, a menudo inconscientes? ¡Le va tan bien en la vida! Y es fácil ser bueno y practicante religioso cuando la vida es «camino de rosas» (¿Por qué será que muchos hombres y mujeres de la alta sociedad, además de derechas, son religiosos y practicantes?). La sospecha es válida: ¿qué calidad, valor o consistencia reales tiene eso que llamamos amor, justicia, honradez, fe y fidelidad a Dios?, ¿qué pasaría si a ese hombre tan honrado y religioso le hiere la vida en lo que ama, disfruta o necesita para su felicidad? El hombre íntegro, justo y religioso debe ser tentado, puesto en aprieto: solo así se verá la calidad de su corazón y de sus obras (como en el caso de los profetas, de Jesús y sus padres, de los luchadores por un mundo mejor...).

2) ¿Cuánto cabe esperar del ser humano?

Dios acepta el reto; se fía de Job; en el fondo, de todo ser humano, hombre o mujer; piensa bien y espera lo mejor del mismo. El satán, al contrario, representa la suspicacia y el pesimismo: hay razones para pensar mal del ser humano y esperar lo peor, incluso del más justo y religioso. Inconfesables intereses personales, conscientes o inconscientes, empañan el mejor corazón. Si se le desnuda hasta el fondo, ¿no se volverán su honradez y religión desesperación y blasfemia?, ¿agresividad y abandono de los principios y valores vividos? El satán y su apuesta con Dios expresa el caso real de todo ser humano: la vida misma desafía a todo hombre y mujer; ¡imposible vivir en condiciones paradisíacas!; la vida los amenaza y los hiere de mil modos; los pone a prueba en incontables ocasiones. ¿Confirmará en ellas tanto el amor a su propia vida y a los otros seres humanos como su fe en Dios o maldecirá todo? La «tentación-aprieto» es inevitable, por una parte: ¡imposible vivir en una condición idílica en este mundo; la vida misma hace de «el satán»: con sus mil desgracias le pone al ser humano en el disparadero para maldecir la vida y a Dios. Y la «tentación-aprieto» es conveniente, por otra: es el camino que lo lleva a crecer espiritualmente, y el modo habitual de constatar la calidad de su corazón y de todo lo que siente, vive y hace.

¿No pasa y necesita pasar todo hombre y mujer por el crisol de la vida? «Cuando conseguimos lo que queremos, existe el peligro de que se detenga toda posibilidad de crecimiento» (J. A. Sanford, biblista y psicólogo). El ser humano crece en el conflicto, es la tesis general de S. Freud.

¿QUÉ ES EL HOMBRE?

Si se mira la historia de la humanidad, hay razones para esperar lo mejor y razones para esperar lo peor del ser humano. Gráfica es la respuesta del célebre psiquiatra Viktor Frankl, muerto en 1998, superviviente de un campo de exterminio nazi (donde perdió a su joven esposa) a la pregunta de qué es el hombre: «es un ser que siempre decide lo que es, que alberga en sí la posibilidad de descender al nivel de un animal o de elevarse a una vida superior»; el hombre es ese ser capaz de inventar las cámaras de gas, pero también el ser que camina a esas cámaras sereno y digno, rezando el Padrenuestro o la oración judía de los agonizantes en los labios.

El satán es el crítico del ser humano ante Dios contra Dios mismo: le objeta que espera demasiado de su criatura preferida. En realidad, el satán es Dios mismo: se ha puesto un desafío a sí mismo al crear al ser humano y ponerlo en el mundo, libre, responsable de todo y expuesto al fracaso y al dolor: ¿cómo se comportará cuando le lluevan las desgracias y los infortunios? Al crear la libertad humana, Dios arriesga su imagen y su poder (su «gloria», se dice en la Biblia). Puesto en el disparadero del sufrimiento, ¿benedicirá a Dios o blasfemaré de Él? ¿Odiará su ser y su vida o los amará hallándoles sentido a pesar de todo? ¿Obrará según las expectativas de Dios o le defraudará? La imagen audaz de la apuesta entre el satán y Dios muestra, por una parte, la dramaticidad de la existencia humana: esta, tarde o temprano, adquiere tono dramático (los golpes de la vida, la pérdida de bienes, de seres queridos, de la salud...); y expresa, por otra, el desafío de Dios a Sí mismo. He ahí al ser humano, puesto a prueba en un mundo donde el dolor y la prueba, tarde o temprano y de mil modos, se van a presentar inevitablemente, haciendo de «el satán». Es objeto de la mirada de Dios; se puede esperar lo mejor y lo peor: ¿se mostrará a la altura de sí mismo?, ¿y a la altura de las expectativas de Dios sobre él? ¿No se ha equivocado al crearlo libre? ¿Qué cabe esperar de ese ser humano, aunque esté habitado por los mejores deseos, cuando le llegue la hora de la verdad en el crisol de la vida? ¿Confirmará la calidad y gratuidad de su amor, justicia y religiosidad? Si falla el ser humano, falla Dios: se ha equivocado, se ha fiado demasiado de su criatura preferida; su voluntad de crearlo ha sido un autoengaño y una fatalidad.

¡He ahí el reto acerca de Job; en el fondo, acerca de cada hombre y mujer! Dios permite al satán ser su crítico y opositor (1,7-12); más, le permite ser su instigador contra Job (2,3); más aún, le permite causar el mal a Job (¡lo que resulta chocante y escandaloso!); primero solo en su entorno, en los acompañantes gratificantes de la vida (bienes, seres queridos, trabajo, imagen social (Job 1); luego, en su propio ser (2). ¡De mal en peor! Todo queda en juego y bajo sospecha: la imagen y dignidad del ser humano y la imagen de Dios.

3) Bendiciendo a Dios desde el basurero

En la 3ª escena, de nuevo en la tierra (1,13ss), a Job le caen siete estrellas encima. Le llueven los males en cascada. En cadena, uno tras otro, sin tiempo de respiro. Desgracias acumuladas, inesperadas, irracionalmente sobrevenidas, portadoras de ruina, muerte y desolación. ¿No acaece así a menudo? «La desgracia llama a la desgracia», «una desgracia nunca viene sola», «no hay dos sin tres», dicen los refranes desde la observación de mil casos. Tiene razón la leyenda: unas veces son de orden histórico (enemigos, hombres rapaces y violentos sin conciencia...); otras, de orden cósmico (terremotos, tempestades, ciclones...). Hieren al ser humano en lo que constituyen las fuentes normales, sanas y necesarias de su felicidad y el marco cotidiano de su seguridad: sus bienes y su familia. Sigue sano y salvo, pero ha perdido ese triple entorno, el físico-biológico, el familiar-afectivo, el económico-profesional y el social: de todos ellos necesitamos los humanos para vivir con sentido y satisfacción. Lo que me rodea y envuelve forma parte de mi existir y de mi ser. «Yo soy yo y mi circunstancia», definió al ser humano el filósofo José Ortega y Gasset.

Dejado a la total intemperie y desnudez, ¿qué hará Job? Su reacción nos cierra la boca. El dolor lo postra en tierra; pero de su corazón y sus labios brota una oración de bendición a Dios en lugar de maldición: «Desnudo salí del vientre de mi madre y desnudo volveré a él. El Señor me lo dio, el Señor me lo quita: ¡bendito sea el nombre del Señor!». ¡Bendición a Dios en pura y desnuda fe! Dios no le merece ni rechazo, ni desconfianza, ni maldición. Sabe que es mera criatura, que nace y muere desnudo, que todo lo tiene recibido gratuitamente, que no tiene derecho alguno a lamentación ni a reclamación. «Somos mendigos ante Dios; esa es la realidad» (Martín Lutero). Este Job no solo ha quedado convertido en un pobre, es «pobre de espíritu»: sabe que es absurdo acusarle a Dios de injusto, cruel y sin corazón. ¡Pobreza radical del ser humano ante Dios! «A pesar de todo, Job no pecó ni maldijo a Dios.»

No acaba ahí el drama. Continúa en una cuarta escena, de nuevo en el cielo (Job 2,1-6). Job ha respondido según las expectativas de Dios: su honradez y religión se han mostrado de probada calidad: «pese a todo, persiste en su honradez». El satán ha perdido la batalla, pero no aún la guerra, pues la vida del ser humano continúa y se le presentarán nuevas pruebas (de Dios habría que decir: pierde muchas batallas en cada hombre y mujer; con todo, sigue alimentando la esperanza en él, como en Gn 2-3, y acabará por vencer en cada uno). Además, ¿no cabe sospechar hasta de la mejor reacción del ser humano? ¡Bajo capa de lo bueno, lo peor puede anidar en los fondos oscuros del ser humano! En su acto más virtuoso cabe un cálculo egoísta: «por salvar al menos un resto, la vida, el hombre lo da todo», le dice Satán a Dios; puede aceptar perder todo sin maldecirlo con tal de salvar el propio pellejo. El reto continúa, pues continúa la vida, y aumenta de tono: «Hiérole en su propia carne y huesos, y te apuesto a que te maldice en tu cara».

Dios acepta este reto extremo (quinta escena, en la tierra: 2,7-10): Job es «herido con llagas malignas desde la planta del pie hasta la coronilla». Con la salud, pierde la capacidad misma de funcionar en la vida; más aún, lleno de repugnantes llagas y expulsado al basurero de la ciudad, pierde el honor social y todo resto de dignidad. Es el colmo de la desintegración física y de la marginación social. Desnudo, solo y despojado de todo, solo le queda la vida. ¡Proceso de desnudamiento y de reducción existenciales hasta el extremo! «Como el deshojar de una cebolla», dirá Viktor Frankl, narrando su experiencia personal y ajena del campo de exterminio nazi: «nada que perder, excepto su ridícula vida desnuda». Elie Wiesel, premio Nobel de la Paz, describe de modo impresionante (en su novela documental *La noche*) su propio proceso de pérdida de todo, de fuera hacia dentro (casa, tienda y bienes, personas queridas: madre y hermana, libertad, dignidad personal e identidad, salud, su padre..., al final, la fe en Dios): sobrevive un muchacho despojado de todo, por fuera y por dentro, en todas las esferas de la persona. ¡Proceso similar el que vive el protagonista Iván Ilich en la novela de León Tolstói!

El autor judío añade un nuevo elemento dramatizador: la propia mujer del protagonista, dudando de la justicia de Dios, invita a Job a morir maldiciéndolo: «maldice a Dios y muérete»; ¿por qué seguir creyendo y viviendo si su honradez y su religión le sirven solo para sufrir lo indecible? Job vuelve a dejarnos pasmados con su respuesta: «Hablas como una necia. Si aceptamos de Dios los bienes, ¿no vamos a aceptar los males? A pesar de todo, Job no protestó contra Dios con sus labios». Job ha perdido todo, incluso la experiencia de Dios, pero no la fe: esta madura en esa misma lejanía de Dios. Suceden barbaridades atroces en este mundo: a unos les llevan

a maldecir de Dios, a otros a bendecirle. ¡Admirable este ser humano!: es capaz de lo mejor, capaz de opciones totales; a pesar de perder todo, ¡Dios le merece tal gratitud y fe confiada! Queda a salvo su calidad y dignidad; Dios tiene razón al esperar tanto de él. Por ello, queda a salvo también el honor de Dios: ha hecho bien al crear la libertad humana en un mundo que lo pone a prueba a menudo. ¿Persigue Dios una utopía al esperar tanto de cada hombre y mujer y de la humanidad?

4) Fe a prueba de bombas

«Más paciente que el santo Job», se dice. ¿Un paciente resignado, sumiso a la fatalidad? («qué vamos a hacer», «así son las cosas»; «mala suerte», «es el destino, la fatalidad»; «Dios lo habrá querido», se dice). No es un paciente resignado o conformado, ni fatalista, ni creyente voluntarista ni fundamentalista, ni héroe espiritual. ¿«Fe de carbonero»? Tampoco. Fe de creyente agradecido: Dios sigue siendo «mi Dios», desconcertante pero misericordioso y adorable Dios, también ahora. («¡Qué misericordioso es Dios!», repetía constantemente Eusebio, de unos 55 años, paralítico desde los 27.) Lo suyo es más que actitud: es experiencia, la de gratitud a Dios y confianza en Él pese a todo. No es resignación, sino capacidad de pensar bien de Dios y de la vida, y por ello, de seguir viviendo con sentido la penosa realidad de la existencia: se puede seguir amando a Dios y amando la vida. Como Ety Hillesum, joven judía de 26-28 años: amenazada, expuesta, llevada al campo de concentración de Westerbork, viviendo en condiciones infrahumanas, rodeada del dolor de bebés, niños y mujeres, para acabar en Auschwitz..., halla, con todo, el gozo de vivir, la bondad y cercanía de Dios y el amor a amigos y enemigos: ¡cómo se expresa en su célebre «diario»!

UNA FE A PRUEBA DE BOMBAS

Crear y amar también «desde el basurero»: desde los campos de concentración y exterminio de Hitler, desde Irak o Siria, el África subsahariana, desde la enfermedad y la soledad más atroces, desde la traición del amigo o vecino... La honradez y la religión de Job se basaban en una fe verdadera, en una experiencia de Dios auténtica; por ello, no se ha derrumbado. Dios merece ser reconocido, adorado, agradecido, cantado siempre: ¡también desde las situaciones más inhumanas. ¿Quién es este hombre o mujer de fe tan madurada? Como aquella mujer judía, encerrada con decenas de miles de personas en el gueto de Varsovia, asediados, hambrientos y condenados a morir: «Pido que el Nombre (Dios) sea bendito después del horror». Los mejores testigos de Dios son los que saben amar

gratuitamente y los que saben sufrir. ¿No son, al mismo tiempo, los mejores testigos del ser humano? Reflejan lo que es o puede ser todo hombre y mujer: lo que espera Dios de cada uno de ellos.

Tampoco es Job un estoico: el hombre inalterable, inexpugnable como un castillo, de una columna vertebral irrompible, de gran categoría moral (como Séneca, Epicteto, Marco Aurelio). «Aunque el mundo entero se desplome, yo me mantendré incólume»; y «sin esperanza, ni miedo», decían dos principios estoicos, de admirable grandeza de ánimo. Job no es héroe de temple inquebrantable; ¡es creyente en Dios pese a todo, en medio de todo y desde todo! No se trata de fortaleza, sino de confianza agradecida en Dios sin atisbo de duda. Un creyente sin fisuras ni cuestionamientos, compacto en su fe. Esta, puesta al fuego de la prueba, se ha mostrado auténtica. ¡Fe en Dios a prueba de bomba! Destrozado, desnudo, llagado físicamente, solo o, lo que es peor, mal acompañado por su mujer, no se ha roto por dentro: su fe lo mantiene apoyado en Dios y, por ello, íntegro. Ninguna queja ni protesta contra nada, ni contra nadie, menos contra su Dios adorable. Su fe llega a su culmen, y lo alaba también ahora, «desde el basurero de la ciudad».

Dios es percibido por Job como más importante que lo más importante de uno mismo: que los bienes, que el honor social, que los seres queridos, que la salud. ¡Dios, mayor fuente de ser y de sentido que las mejores fuentes de ser y de alegría de este mundo! Mejor dicho, Dios es fuente de sentido, de gratitud y canto a la vida incluso desde los infiernos de este mundo. Fuese o no de por sí de gran entereza existencial y sólida consistencia psíquica (¡no todo creyente lo es!), una gran experiencia anterior de Dios y de su amor lo lleva a seguir confiando en Él e incluso a bendecirlo. Dios es capaz de lograr del frágil ser humano la respuesta más íntegra, la fe y el amor más auténticos. Todo un retrato y modelo de creyente. Pero ¿es el único válido?

MI RELIGIÓN, ¿FE O FACHADA?

Para muchos su religión no pasa de ser fachada: costumbre familiar, folclore religioso-cultural, creencias, mera práctica social sin raíces en el corazón, adhesión nominal a una institución religiosa, un difuso sentimiento religioso en los momentos gratificantes de la vida, simpatía por un sacerdote o pastor o gurú espiritual, una especie de pacto comercial con Dios («si me concedes esto y lo otro...»). En muchos todavía no ha sido confrontada con el drama de la vida y la experiencia del mal, o con

las ciencias modernas, o con las opiniones de ateos y agnósticos... Basta una experiencia dura (un accidente, la pérdida de algo importante, la muerte de un ser querido), o el sentirse no escuchado por Dios («le he pedido a Dios cuarenta veces... ¡y nada!; he dejado de creer para siempre»), o el cambio de ambiente social y cultural, la convivencia con personas de opinión diferente, el escándalo dado por un sacerdote..., ¡y se acabó la supuesta fe! Una religión que no había llegado a ser fe, o no había llegado a madurar en los únicos lugares donde madura: el corazón y la confrontación con la realidad de la vida.

Job ha podido responder gracias a que su religión era auténtica: honda experiencia de Dios; sentimiento de gratuidad (todo es recibido, todo es gracia) y, por ello, de gratitud; se vive de lo recibido, pero no se posee de ello, por lo que es capaz de dar libertad a Dios. Dios es vivido por ser Dios, no por lo que le daba; si antes le vivía desde la abundancia, con gratitud, ahora le vive también desde la desgracia y pérdida de todo. ¡Dios mismo es su riqueza!

PREGUNTAS PARA LA REFLEXIÓN PERSONAL Y GRUPAL (I)

- ❶ ¿Conoces creyentes del talante de este (primer) Job? Personas de fe sólida, no fanática. ¿Qué hay en su pasado y en su corazón que explique esta calidad y hondura de fe?
- ❷ ¿Qué sensación me produce este Job?, ¿me vale como modelo de creyente? Válido quizá para nuestros padres y abuelos; ¿también para nosotros? Por qué sí, por qué no.
- ❸ ¿Necesita el ser humano ser «tentado», puesto a prueba? ¿Y sentir la lejanía de Dios? ¿Por qué, para qué? ¡Tema antropológico y espiritual importante en la Biblia entera! Recuerda qué personajes y cómo fueron tentados y probados en la historia de Israel (Heb 11).
- ❹ «El satán» es personaje ficticio, pero simboliza mucho: realidades y experiencias de vida que te hieren, amenazan tu felicidad, te ponen en el aprieto... ¿Cuáles en tu caso? ¿En qué capítulos de tu persona y de tu vida temerías ser despojado, reducido, como Job?
- ❺ ¿Cómo he respondido en los aprietos y malestares de la existencia? (situaciones dolorosas, problemas de difícil solución...). ¿Puedo madurar y crecer en fe y en amor sin pasar por dificultades y sinsabores?
- ❻ No existe la fe pura, al 100%, ni una fe estática sino procesual. ¿Qué pienso de mi fe en este momento? ¿Qué experiencias me han llevado a madurar?
- ❼ ¿Sé ver a Dios en todo? ¿Sigo orándole y bendiciéndole desde todo?

- 8 Job encarna a innumerables dolientes de la humanidad. Recuerda a personas sumidas en la desgracia: ¿sé estar con ellas, compartiendo su dolor, como los amigos de Job? (2, 13-15). ¿Qué hago por ellas? Y recuerda pueblos y continentes enteros colocados en el basurero.
- 9 Recuerda y analiza otras reacciones de personas ante las desgracias.
- 10 Textos bíblicos sobre este tipo de fe y de oración:
 - AT: Gn 22; Gn 37–50; Dt 8; Hab 3; Dn 3, 57ss; Sal 67 (66); 116 (115); 119 (118), 66–72; etc. En concreto, compara a Job con Abrahán, José, especialmente Tobías (Tob 1–2; 13, 1-10), etc.
 - NT: Sant 1, 2-15; 2 Cor 11, 21-12, 10; Heb 5, 7-9; 10, 32-12, 12; 1 Pe 4, 12ss.
- 11 Textos no bíblicos, oracionales y no oracionales: san Francisco de Asís: *El Cántico de las Criaturas*; la amonestación sobre «la perfecta alegría»; santa Teresa: «Veisme aquí, mi dulce amor...»; etc.

3. Job, el creyente rebelde

1) En busca de un nuevo rostro de Job

El autor judío del siglo IV no estaba totalmente conforme. El Job de tal talla espiritual no le parecía modelo de creyente válido, sin más, para los hombres y mujeres de su tiempo. ¿No pedían los tiempos un modelo de creyente diferente? Por razones existenciales, pastorales, teológicas... Por ello, además de retocar la antigua leyenda, le añadió un extraordinario poema (3-27+29-31+38-42) y crea un nuevo rostro de Job: el «segundo Job» vive su fe de modo más complejo, tortuoso y difícil. ¿Más válido también para los que vivimos en estos tiempos?

a) Contra una teología chata y falsa

Dios premia a los buenos con bienes y castiga a los malos con desgracias: era una idea profundamente arraigada en aquel tiempo; seguía siendo en el de Jesús (Jn 9, 1-3) y aún ahora («Dios no puede menos de concederme esto o lo otro, si me conduzco bien en la vida, si no hago mal a nadie, si rezo...»); o, «¿qué habré hecho yo para que Dios me castigue con esto!»). El final del antiguo cuento corroboraba esa idea: terminaba en un *¡Happy End!* (Job 42, 11-17: extrañamente recogido, a pesar de su falsedad, por el autor judío del siglo IV). Este quiere rebatir ese dogma

tradicional, con el riesgo de escandalizar. La realidad misma ¿no muestra lo contrario? A muchos justos y creyentes les sucede la desgracia y el dolor, mientras muchos malvados prosperan y disfrutan a tope. ¡Dios no parece hacer justicia en este mundo! ¿Acaso sucede el mal por castigo de Dios? Debajo late una pregunta existencial que atenta contra la razón humana: ¿por qué existe el mal, de dónde su existencia? Y una pregunta creyente: ¿cómo compaginar la experiencia del mal con un Dios bueno y creador de todo?

El autor quiere salir al paso de esa teología. Por una parte, le parece simplista; no va acorde con la realidad: hay malvados a los que les va muy bien y justos maltratados por la vida; lo había dicho ya el profeta Jeremías desde su propia experiencia (Jr 12,1-5); ni el bienestar es señal de que Dios me premia, ni la desgracia significa que me castiga por posibles pecados. El mal y el dolor son un enigma mayor. Dios es más misterioso de lo que parece; la relación «Dios-hombre» es más insondable. Era necesario cambiar esas ideas, así como la imagen de Dios. El autor de Job no quiere creyentes contra los hechos. Y por otra, esa teología es además inhumana: no respeta el dolor humano, es insensible al ser humano sufriente; como si no tuviera bastante con sus males, lo culpabiliza y lo tacha de castigado por Dios.

b) «Cuando la fe va herida...»

Tenía otra razón más fuerte para reelaborar a fondo el antiguo cuento: no le convencía esa figura Job, creyente de una pieza, de fe tan compacta y recia, sin dudas ni interrogantes. ¿No era un modelo demasiado ideal e inalcanzable para él y para sus contemporáneos? (¡y para tantos creyentes de todos los tiempos!). ¿Era posible no quejarse y rebelarse ante Dios ante tanta desgracia repentina y sufrimiento acumulado, aun siendo creyente? Moisés, Jeremías, salmistas habían protestado contra Dios. ¿Era imposible reconocerse en este (primer) Job, un creyente sin crisis psicológicas ni tensiones teológicas! ¿Somos acaso todos como él? ¿No somos más complejos, psicológica y culturalmente, por los tiempos en que vivimos, comienzos del XXI d.C., como en el siglo v-iv a.C.? ¿Se puede llegar a una fe tan madura y serena, como la del (primer) Job, sin pasar por crisis e interrogantes? Por otra parte, ¿cómo había llegado este Job a esa madurez psicológica y creyente?; no se dice nada sobre su proceso de maduración en la fe. El autor judío del siglo iv, añadiendo nuevos capítulos a la antigua leyenda, quiere mostrar que los caminos espirituales son, a menudo, más tortuosos y largos.

LA FE EN UNAS «TIERRAS DE PENUMBRA»

La fe se siente herida en los tiempos de mayor complejidad cultural (como los de hoy): conciencia del volumen y fuerza del mal, deriva ideológica y moral, crisis y cambio de valores, dificultad para adquirir y vivir la propia identidad, altos niveles de incertidumbre e inseguridad, diálogo con otras culturas y religiones, crisis de esperanza... (El primer) Job podía servir de modelo para nuestros abuelos en su tiempo; pero ¿para nosotros, en nuestro atormentado tiempo? Y fe herida desde nuestra psicología personal: ¿no somos más complejos psicológicamente y más frágiles? «Estamos más indefensos ante el dolor y la desgracia que nuestros abuelos que estaban más acostumbrados» (Clara P.); «más vulnerables que los hombres y mujeres del Tercer Mundo» (Patxi B.). Consistencia psíquica y fe no van a la par a menudo. Por otra parte, la sociedad y la cultura actual favorecen menos el sentimiento de gratitud; prevalece el de que «esto no debería darse» o «esto debería poder disfrutarse» (Clara P.).

Por una razón o por otra, el ser humano no ve ni siente a Dios en la desgracia, en el dolor, en la injusticia, o «me siento incapaz de bendecirle desde lo que me ha pasado» (Antonio C.). ¿Se es ateo por ello? ¡La fe y la no-fe están tan cerca la una de la otra en el corazón humano! ¿No seguimos siendo creyentes cuando nos pasan por el corazón las peores sospechas acerca de Dios? ¿Ha perdido la fe esa madre que, ante el cuerpo de su hija de 9 años, violada y asesinada, dice presa del dolor y del llanto: «Ya no creo más en Dios»? O Teresa R., la niña de 12 años, huérfana de padre, que dice ante el miedo de perder a su madre: «Jesús, si muere mi madre, no te miro más a la cara». Hay creyentes diferentes del (primer) Job. La misma Biblia habla de profetas y salmistas que se quejaban y protestaban contra Dios, sin poder aceptar la situación: Jeremías (Jr 12,1-5; 15,10-23; 20,7-18; Jon; Sal 22; 42; 77...). A muchos hombres y mujeres del siglo XXI les toca vivir la fe en tiempos inestables y turbulentos. «Cuando la fe va herida...», dice la canción. El Dios que cuida de nosotros más que de los pájaros y flores, según Jesús (Mt 6,25-34), es el mismo Dios que abandona a Jesús en Getsemaní y en la cruz. «El Dios que está con nosotros es el Dios que nos abandona» (D. Bonhöffer). Su presencia es percibida como ausencia, su cercanía como lejanía (Sal 42; 88). ¡La fe desde «tierras de penumbra»! (el título de este filme plantea el problema).

Por otra parte, ¿no vive todo creyente su fe a modo de un camino tortuoso, hecho de luces y sombras, de certidumbres y tinieblas, de gozos y crisis maduradoras, incluso de rebeldías contra Dios? El autor judío, inteligente y sensible a los nuevos tiempos, quiso recrear al Job creyente; lo presenta, por una parte, más a la medida de la psicología humana y más a tono con los malestares de los nuevos tiempos; y, por otra, lo pone viviendo su fe a modo de un itinerario largo, tortuoso y complejo hasta

madurar en su fe. Pues sabe, también la fe, como todo, se vive como proceso de maduración. Por ambas razones, el autor se propuso ofrecer en su poema (Job 3–42) otro prototipo de creyente y otro camino de fe, más válidos para los judíos de su tiempo y para tantos creyentes de todos los tiempos.

c) Todo se vuelve interrogante

El autor judío, además de teólogo innovador y educador en la fe, es un «sabio»: pensador analista del malestar cultural y religioso de su generación. Reflexiona la compleja realidad bajo sus aspectos más profundos y vitales. Particularmente el dolor y la crisis, observados en los seres humanos de su tiempo y quizá vividos en propia carne, han sido el taller de su pensamiento crítico y renovador. El dolor lleva a la crisis; la crisis a mil preguntas; y las preguntas a «callejones sin salida». Ante la experiencia del mal y del dolor, le nacen al ser humano, incluido el creyente, las preguntas más pavorosas, los peores sentires existenciales. Le nace cuestionar todo: la vida y la muerte, el sentido de la existencia, la injusticia y la violencia, la posibilidad de justicia y de esperanza, el más allá, el pecado, Dios...: ¡todo se vuelve interrogante! Los sufrimientos físicos, los psicoafectivos y morales, los problemas económico-laborales, los sociales... se vuelven *antropológicos* (el ser y la condición humana: ¿de qué pasta estamos hechos los humanos!), *existenciales* (pregunta sobre la existencia humana: su valor o no, su sentido, su destino final...), *teológicos* (pregunta sobre Dios: cómo es, por qué permite, si es justo...), y *pastorales* (cómo acertar a hablar de Dios y de su amor a los seres humanos heridos por el mal).

En torno a los años 400-350 a.C., el autor anónimo del poema de Job quería responder a esa múltiple problemática que se venía planteando en su pueblo, Judá, desde los años 600 más o menos. Los acontecimientos políticos, sociales y económicos habían sido penosos a lo largo de los dos/tres siglos anteriores. El pueblo judío había sufrido la destrucción total del país, la caída de sus instituciones más sagradas, la muerte violenta de una gran parte de la población, el destierro forzoso a Babilonia o la dispersión fuera del país de muchos otros, la pérdida de toda esperanza de futuro; a ello había seguido un retorno exiguo con enormes dificultades de restauración del país, pobreza general y supervivencia penosa, injusticia y violencia por un lado y por otro... Estas experiencias y situaciones, nunca vividas antes con tal dramatismo, fueron erosionando al pueblo judío y originando en él una profunda crisis existencial y religiosa. Le era imposible tener una visión ingenua o poco elaborada de la realidad, así como una imagen no crítica de su Dios. Difícil, teológica y vitalmente, integrar tales experien-

cias históricas en su visión y experiencia de Dios. Los libros bíblicos de estos siglos aportan muchos signos de esta crisis. «Dios nos ha abandonado; el Señor nos ha olvidado», dicen algunos judíos de ese tiempo (Is 49,14; véase también 40,27; Ez 37,11; Lam; Sal 44; 79; 80; 88). Precisamente por ser creyentes, se les planteaban serios interrogantes: ¿qué hacía y dónde estaba su Dios? ¿Era un Dios ciego al dolor de los suyos? ¿Se podía seguir creyendo en Él con fe confiada, pese a todo? ¡Imposible creer y alabar a Dios como «el primer Job»!

El autor tenía sobradas razones para crear un rostro de Job nuevo: igualmente creyente, pero de otro talante. Lo pone viviendo un largo itinerario humano y creyente (¡algo que le falta al primer Job!). El primitivo cuento, reconvertido en drama, es varias cosas, a la vez o sucesivamente: debate intelectual y mesa redonda teológica, grito y protesta, pleito judicial con Dios con requerimiento de respuesta, «psicoanálisis teológico» (O. González de Cardedal) y psicoanálisis existencial, psicológico y moral, capaz de terribles introspecciones y miradas retrospectivas al propio pasado... Un drama «in crescendo» impresionante, que terminará al final en una experiencia sobrecogedora. ¡Obra de enorme fuerza introspectiva y existencial, así como de extraordinaria sensibilidad teológica, antropológica, pastoral y poética!

Por desgracia desconocido por muchos, este (nuevo) Job, destrozado por fuera y por dentro, agresivo, cuestionador de todo, cuasi blasfemo, desafiador de Dios, es también un modelo de creyente. ¿No viven su fe muchos hombres y mujeres de hoy como él? El libro de Job pertenece a la «literatura de esperanza en la crisis» (J. Levêque). Es la mayor colección de los peores pensares y sentires del ser humano, pero fue escrito para ayudar a madurar en la fe. Por haber desconocido durante siglos a este segundo Job, las iglesias cristianas han sido incapaces de dialogar con los ateos y agnósticos de los siglos XIX y XX: no los han comprendido por no reconocer que el ateísmo, con sus razones, está presente en la Biblia, que la duda sobre Dios está muy cerca de la fe y la fe muy cerca de la duda.

2) Desnudado hasta sus últimos fondos

Job nos ha asombrado con su primera reacción (Job 1–2). Luego han venido sus tres amigos a consolarlo a lo largo de siete días; queda con ellos cuando cae el telón: ha terminado el primer acto del drama teatral. ¿Qué sucederá cuando se levante de nuevo el telón? (La temática antropológica, teológica y espiritual de Job 3–42 es inmensa; sugerido por J. Levêque, escogemos tres temas: el sentido de la vida, la justicia y la esperanza; en torno a ellos articulamos otros.)

Cuando se alza el telón (Job 3), he ahí de nuevo a Job en el escenario (segundo acto del drama). Un Job destrozado por el sufrimiento rompe a hablar. Su palabra es desgarrada, un estallido de volcán: «Maldito el día en que nací. Maldita la noche en que se dijo: se ha concebido un varón». ¿Por qué nací?, ¿por qué no perecí al nacer, en el primer momento de mi existir?, ¿por qué no fui un abortado?, ¿por qué tuve unos pechos maternos que me amamentaron?, ¿por qué nací para sufrir? ¡No merecía la pena venir al mundo para vivir tanta aflicción! El culpable de todo, ¿no es Dios? «¿Por qué dio a luz a un desgraciado y vida al que la pasa en amargura?», lo acusa sin nombrarlo.

¡Impresionante capítulo, Job 3! Job no es ya el de antes: al fallarle casi de golpe los «acompañantes» que hacen grata la existencia humana (bienes, seres queridos, salud, estima social..., tan fundamentales), se ha resquebrajado por dentro. Desnudado hasta sus fondos últimos. ¡Y estalla a modo de un volcán que vomita lava incandescente! Ha dejado de ser el hombre cabal e íntegro: ahora es el hombre contorsionado por el dolor, agrietado por dentro, sacudido en sus certezas, despojado de su equilibrio psicológico, desposeído de su fe confiada en Dios. Sus fuerzas y su consistencia le flaquean (6,11-13). No por ello es un hombre aniquilado, anulado y resignado: mantiene viva su capacidad de protesta, cuestionamiento y búsqueda. Este segundo acto teatral (3-31) es, ante todo, un diálogo-debate: debate consigo mismo, con su propio misterio de ser humano, con sus tres amigos, teólogos defensores de Dios convertidos en acusadores suyos, y debate con Dios, cara a cara. Un Dios percibido inescrutable, peligroso y hasta enemigo suyo. Su diálogo es el eterno debate sobre las contradictorias experiencias existenciales que vive el ser humano: la vida y la muerte, el gozo y el dolor, el cosmos y la historia, el mal y el bien, la esperanza y la desesperanza, el ser humano y Dios...

LA FENOMENOLOGÍA DE LA FE

Las reacciones y su evolución son diferentes:

- Unos, como Lorea B. ante la muerte de su joven marido en accidente: desde el primer momento se desatan en gritos contra todo, incluido Dios, y abandonan toda práctica religiosa; necesitarán tiempo para reconciliarse con Dios y con la vida.
- Y hay quienes, como Toñi C., viuda a sus 28 años con dos hijos, dice ante el cadáver de su marido: «Señor, Tú sabes cómo haces las cosas; hágase tu voluntad». Pero tras esa primera reacción de entereza creyente, se resquebraja por dentro con el correr del tiempo, le pesa su nueva situación a lo largo de años; también necesitará tiempo para rehacerse por dentro.

- Y Blanca N., ante la muerte por accidente de su hijo de 23 años: «tenía un gran dolor; pero le daba gracias a Dios que me lo había dado y lo había tenido conmigo esos años. Sabía que Dios sufría conmigo».
- M.^a Jesús P., viuda con nueve hijos, fuerte, valerosa, creyente; sufre una fuerte crisis depresiva al caer un hijo suyo en el consumo de drogas: «Yo no estaba preparada para esto». Pero es capaz de seguir orando, amando, llevando vida normal.
- «Dios nos la dio un domingo; Dios nos la ha quitado otro domingo. Alabado sea Dios» (su padre ante el cadáver de su hija de seis meses).
- «Rehusaré hasta la muerte esa creación donde los niños son torturados» (Albert Camus, en *La peste*).
- «Dios mío, si existes, te perdono...» (un hombre que había sufrido mucho, antes de morir).

Los interrogantes sobre Dios y la vida son los mismos para todos; la respuesta es diferente. ¿Por qué?

Postrado en la desgracia total, a Job le emergen a continuación, como a muchos hombres y mujeres, las preguntas existenciales más graves: ¿tiene sentido la vida?, ¿por qué el dolor de los inocentes y de los justos?, ¿es Dios justo con los seres humanos o es indiferente y hasta cruel? Quizá el hombre sea pecador; pero ¿qué es el pecado? (¡otro enigma!: 4,17-19; 15,14-16...). ¿Responde Dios a los gritos del hombre o mujer sufriente o es inútil orar, inútil toda religión? E inútil toda conducta honrada: en realidad, ¿no es lo mismo ser bueno que malo, obrar el bien que el mal, si al fin nadie, ni siquiera Dios, te va a hacer justicia?, ¿sirve para algo practicar el bien, ayudar al pobre, al desnudo y al ciego, si ni Dios mismo te va a reconocer tu derecho a la vida, ni colmar tu aspiración a la felicidad? Y la pregunta que culmina todas las precedentes: «¿Adónde va el ser humano cuando expira? Muerto el hombre, ¿podrá revivir?» (14,10-19). ¡Todo se ha vuelto interrogante! Job se siente forzado a sobrepasar los planteamientos pragmáticos y funcionales de la vida (la lucha por la subsistencia) y los mismos planteamientos morales (qué está bien y qué está mal). Más allá de los dolores concretos de la vida, sufre el dolor de la vida, una herida sangrante y una interrogante. ¿Puede ser el lugar de maduración para el ser humano? Por de pronto, el dolor, como el amor, es una realidad de la que nunca cabe hacer ni negocio, ni ironía y sarcasmo, ni irreverencia, ni indiferencia: «donde hay dolor, hay un suelo sagrado» (Oscar Wilde).

¿PELIGROSO SUFRIR?

El dolor es ambivalente: o te destroza o te madura. Es peligroso sufrir: el ser humano corre el riesgo de quebrarse por dentro, de perder (o no lograr) su armonía y equilibrio interiores, su relación afectiva con los otros seres, sus convicciones éticas y religiosas... Puede conducirle al «naufragio del ser»: no hallar sentido a nada, desear no haber nacido, intentar el suicidio. Y lo contrario, es como el amor: saca de la persona humana lo mejor de sí. Puede ser el detonante para iniciar una reconstrucción del propio ser y vida sobre bases nuevas. Le fuerza a buscar las razones de su vivir, ¡incluso el posible lado positivo del dolor! Ocasión privilegiada, a veces única, para iniciar una existencia más auténtica, para escapar de vivir la vida como «momentismo», en continua evasión y alienación, o como mero «funcionamiento», sin horizontes, ni proyecto vital. Desencadena la «ruptura de nivel de conciencia» (dicen los psicólogos) o intensifica y ahonda la conciencia. Por el momento, puede restarle energías para la acción, el humor, la capacidad de relación; pero le lleva a vivir más «por dentro», lo primero que necesita por ahora; con el tiempo, recuperará también lo perdido.

El Job recreado por el autor judío, destrozado por todos los costados (pérdida de lo más querido y necesario en la vida), comienza por retorcerse por dentro. Al sufrir, por largo tiempo (¡a lo largo de muchos capítulos: 3–31), no puede sino desfigurarse y distorsionar todo: el nacer y el vivir, su propio ser, Dios, los valores... Nada ni nadie es de fiar; nada le merece la pena; nada hay bello en este mundo; nada tiene sentido. Job representa la capacidad y el riesgo del ser humano de pensar mal de sí mismo, de la realidad que le rodea y de Dios y de no creer en nada. Solo pasando por desfigurarse el rostro de todas las cosas, llegará penosamente a redescubrir el verdadero rostro de todo, sobre todo el de Dios y desde el mismo, el suyo y el de todos los seres. Tras su primer estallido (Job 3), comienza Job a vivir un lento proceso que acabará en una nueva paz y reconciliación consigo mismo, con Dios y con la existencia (Job 40–42). ¡Pero mientras tanto...!

4. El ser humano en busca de sentido

Pasajes principales: Job 3; 6,7-13; 7,1-6.15; 10,1.8-22; 12,4-6; 14,1-2; 17,1.11-16.

El (nuevo) Job comienza por pensar mal de la vida misma: la maldice. El existir se ha vuelto penoso; lo más precioso y positivo se vuelve objeto de varios «¿por qué?» (3,1ss.21ss). ¡Imposible celebrar la vida! Ha venido a

ser amargura y sollozo; por ello, «ansía la muerte que no llega... más que un tesoro». Ha venido a ser tiniebla total y permanente, sin esperanza de una nueva aurora. La muerte «sería un consuelo para mí», pues es difícil amar la vida; no hay atisbos de mejoría y se ha quebrado la fortaleza personal: «¿qué fuerzas me quedan para resistir?... Ya no encuentro apoyo en mí, la suerte me abandona». Si al menos pudiera contar con amigos; pero ni eso: ¡se han vuelto enemigos! (6,7-24ss). La existencia se ha vuelto absurda. No es un bien a gozar. Ni es regalo de un Dios misericordioso, creador de dicha.

Los malos pensamientos sobre la vida se extienden a lo largo del libro de Job. ¿No es la vida, en muchos casos, una penosa «esclavitud»? Como la del que cumple un servicio militar, como la del esclavo que trabaja sin descanso, día tras día, año tras año: ¡qué precio hay que pagar por un magro salario, por una mediocre existencia! ¡Cuánto se parece a las insoportables noches del enfermo, harto de dar vueltas en su lecho hasta el alba! (Job 7,1-6).

Por otra parte, ¡la vida no pasa de ser «un soplo»! Es breve, efímera, insustancial: se disipa como una nube. «No da de sí» (en confesión del escritor Miguel Delibes, sensación de muchos). ¿No se merece más el ser humano? ¿Carece de valor su vida, así como todo lo que vive y hace durante la misma? ¡Es tan efímero su destino! (7,7ss). Teóricamente la vida es el valor primero y supremo del hombre; en la práctica, ¿merece la pena vivir tan caduca y precaria existencia? ¿Es bendición o más bien maldición? No pasa de ser una pseudoexistencia, llena de incoherencias y contradicciones. «¿Por qué me sacaste del vientre materno»...? «¿Son tan pocos mis días» y tan sinsentido!, le espeta Job a Dios en su oración cuajada de amargura. «Estoy hastiado de la vida» (10,1.18-20).

«El hombre, nacido de mujer, corto de días, harto de inquietudes: como flor se abre y se marchita, huye como la sombra sin parar...»: ¿merece este frágil ser humano que Dios le tome en serio y le pida cuenta de sus actos? ¡Es absurdo! (14,1-3ss). «Pasan mis días, fracasan mis planes y los afanes de mi corazón»: ¡imposible tener una visión optimista y positiva de la vida! Son ingenuos «los que llaman día a la noche, luz a la tiniebla». «¡Nada espero! El abismo es mi casa...; los gusanos van a ser mis padres y mis hermanos. ¿Dónde ha quedado mi esperanza» para el ser humano que se siente «un ser esperante» por naturaleza? La muerte acaba con toda posible esperanza y con todo intento de vivir con sentido la existencia. Todo acaba: nada tiene valor. La muerte es un hachazo mortal a la esperanza y un golpe a la necesidad del ser humano de hallar sentido a su vida (17,1.11-16).

Este Job es el portavoz del ser humano doliente, expuesto a las peores sospechas acerca de la vida y de Dios. Nos fascinan precisamente por su autenticidad: brotan de un corazón destrozado pero capaz de rebeldía y de

búsqueda. Representa a todos los hombres y mujeres que, en la historia de la humanidad, han sentido dificultades para amar su propia vida, o que han vivido crisis de sentido, por las causas que sean, y han pensado en el suicidio, o en la eutanasia o en la ataraxia como mal menor. Job es su encarnación y su portavoz: les presta su pensar y hablar crudos. ¡Mejor el no ser que el ser!, dirán algunos existencialistas en versión radical. Job tiene intuiciones certeras: la existencia humana es un enigma que remite al enigma de Dios. Por eso, no puede menos de recordarle, sea para acusarle, sea para suplicarle (3,20ss; 6,8-13; 7,7-21; 17,1-3). En último término, sabe que solo Él, el Absoluto y fuente de todo, podría salvar al ser humano del sinsentido de la vida y del absurdo de la muerte, que solo Él puede introducir la luz en la tiniebla, esperanza en una existencia atormentada y prisionera. «En Ti está la fuente viva y tu luz nos hace ver la luz», dirá el salmista (Sal 36,10). «Si Dios no existiera, yo preferiría no existir. Solo quiero vivir en un mundo en el que haya elegido vivir también Dios» (Mónica R.).

PREGUNTAS PARA LA REFLEXIÓN PERSONAL Y GRUPAL (II)

- ❶ ¿Qué causas, situaciones, experiencias pueden conducir a un hombre o mujer a perder el sentido de la vida? Al rechazo de la misma, a la idea del suicidio o de la eutanasia activa.
- ❷ Quizá reprima toda idea de suicidio. Pero ¿no ha habido situaciones en que he deseado morir, o me ha costado amar la vida, hallar sentido a lo que hacía o me sucedía, orar a Dios desde mis «tierras de penumbra»?
- ❸ ¿A qué puede llevar al ser humano el sufrir irracional y extremado? (peligros y ventajas). ¿Qué se da en mí cuando me sobreviene el dolor, la soledad afectiva, la frustración profesional? Analiza las consecuencias psicológicas, existenciales, religiosas...
- ❹ ¿Cuándo y en qué condiciones, personales y/o sociales, puede el ser humano asumir el dolor y el mal? ¿Cuándo se hace más soportable, menos absurdo o incluso aceptable, de modo que no lo aplaste, sino que lo haga crecer y madurar? ¿Tengo miedo al dolor? ¿Cómo perderle?
- ❺ Compara a este Job con los profetas Jeremías (Jr 20,14-18) y Elías (1 Re 19,1-8).
- ❻ Hallar el sentido a mi vida: mi gran reto. ¿No hay ambientes y estilos de vida que ahogan esta necesidad antropológica, sobre todo en la sociedad de consumo? Un mundo convertido en taller, restaurante, escaparate; es decir, en trabajo, consumo y espectáculo. Vida sin preguntas, reducida a mero funcionar, a sumar horas («Un mundo para telespectadores y consumistas», dice el pensador Jean Daniel). «Comer, trabajar, dormir.»

- 7 ¿Qué te dicen afirmaciones célebres como: «El hombre está ahí, estúpidamente ahí, para nada». «Toda existencia nace sin razón, se prolonga por debilidad y muere por combinación». «Es absurdo que hayamos nacido y es absurdo que muramos» (Jean-Paul Sartre). «Vivir es sufrir; sobrevivir es hallarle sentido al sufrimiento» (Gordon W. Allport, psiquiatra). «Quien tiene un porqué para vivir, encontrará casi siempre el cómo» (Friedrich Nietzsche).
- 8 Textos para orar: Salmos 22; 42-43; 88; Lam 3; Jr 15,10-11.15-21; Jon 4.
- 9 Libros testimoniales excepcionales: Viktor Frankl, *El hombre en busca del sentido*; Elie Wiesel, *La noche*; Paul Lebeau, *Ety Hillesum. Un itinerario espiritual*; Ety Hillesum, *Diario*. Y la película: *Tierras de penumbra*.

5. Dios, ¿justo o cruel?

Pasajes principales: 6,24-30; 9-10; 13; 14,1-6; 16; 19,6-22; 21; 23; 24; 29-31.

¿Por qué el sufrimiento de los pequeños e inocentes?, ¿y el fracaso de los justos? ¿Por qué la tortura y la muerte infligidas o sobrevenidas a los mejores hombres y mujeres de la humanidad? Sinrazón cruel. La objeción más grave que se puede poner al creyente en Dios, mejor dicho, al Dios en quien cree. Constituye el tema central y más importante del largo debate entre Job y sus amigos, entre Job y Dios. El autor judío del libro no estaba conforme con presentar a Job con estampa de creyente sufrido y sumiso; había un problema real que plantear a fondo: la justicia. ¿Por qué el mal? ¿De dónde el mal? ¿Quién hace justicia al hombre sufriente? ¿Se la hará al menos Dios?

1) Dios, culpable de todo

Hay hombres y mujeres que reaccionan como el primer Job, bendiciendo la vida y a Dios (como Daniel desde el horno de fuego: Dn 3). Y hay quienes se desatan contra la vida y contra Dios. Job al principio (Job 3) lo hace tímidamente, con temor y temblor: ¿no es excesiva audacia meterte con Dios y acusarle de todo el mal que acaece? Bien pronto su dolor y su soledad atroces lo arrastran a sentir, sospechar y expresar lo peor de Dios. «Tú mismo, Dios, has hecho lo posible para que yo no crea más en ti», le espetaba un ateo principiante. Job es el ser humano forzado a pensar mal de Dios.

LENGUAJE PARA NO DEVOTOS

- ⌈ «Dios me ha clavado sus flechas, me ha dado a beber su veneno» (6,4). Job se siente el blanco de su ira, perseguido por Él como por un inspector que quiere cazarle en trampa y en pecado (7,12-21).
 - ⌈ Es inútil ser justo ante Dios, inútil justificarse ante Él. «Aunque yo tuviera razón, no recibiría respuesta»; es «mi adversario»: no respondería a mis gritos pidiendo explicación y justicia; «me heriría mil veces sin motivo; me saciaría de amargura... Aunque yo tuviera razón, me condenaría; aunque fuera inocente, me declararían perverso... Dios acaba con inocentes y culpables... Él se burla de la desgracia del inocente; deja la tierra en poder de los malvados» (9,15-24). ¿Está el mundo en manos de un Dios malhechor, cruel y arbitrario?
 - ⌈ «¿Por qué ocultas tu rostro y me tratas como a tu enemigo?...» (13,24-28).
 - ⌈ «El furor de Dios me ataca y me desgarró, me clava sus ojos hostiles... Dios me entrega a los malvados, me arroja en manos criminales. Vivía yo tranquilo cuando me trituró, me agarró por la nuca y me descuartizó, hizo de mí su blanco...» (16,9-17).
 - ⌈ «Dios me ha cerrado el camino y no tengo salida, ha llenado de tinieblas mi sendero, me ha despojado de mi honor...; me considera su enemigo» (19,6-22)
 - ⌈ Dios «me niega mi derecho, me llena de amargura» (27,2).
 - ⌈ «Cuando sufrimos, sufrimos con ruedas cuadradas..., a trancala mácala» (Manolo G.)
- ¡Lenguaje sincero, brutal, descarnado! ¡Cuántas razones para ser ateo o blasfemar de Dios!

2) Portavoz de ateos y blasfemos

Este Job rebelde representa a muchos hombres y mujeres sufrientes de todos los tiempos. Encarna más de una actitud:

1. **La capacidad de protesta del ser humano** por las situaciones dolorosas dadas, por todas las injusticias padecidas, por todas las violencias cometidas. Desde la sangre de Abel, toda sangre derramada «clama al cielo» (Gn 4; Job 16,18); ¿responde Dios al grito de los inocentes y justos sufrientes de la historia, sin culpa de nadie o por culpa de alguien?

2. **La protesta contra la soledad, desamparo y juicio** a que es condenado el justo tocado por la desgracia: «Grito “violencia”, y nadie me responde; pido socorro y nadie me defiende... Mis hermanos, mis parientes, mis vecinos y conocidos me abandonan y olvidan... A mi mujer le repugna mi aliento...» (19,7-22). Sus propios amigos se le han convertido en jueces, le acusan injustamente de maldad y pecado (6,11-30).
3. **La pregunta «por qué»**, dirigida en especial a Dios: ¿no es el responsable último de todo lo que acaece en este mundo? ¿Por qué no pedirle cuentas? Job representa a cuantos se creen con razones para sentirse víctimas de la historia, en el fondo heridos por Dios. Con razones para acusar a Dios mismo de injusticia. «Por qué en el mejor momento de mi vida se acabó todo» (Yolanda, tras perder en el 11-M de 2004 a su marido de 34 años y a su hija de siete meses y quedar ella misma con secuelas físicas para toda la vida; y la «carta al creador del mundo», de Elie Wiesel).
4. **La capacidad de sentir y pensar lo peor de Dios**. Job es el portavoz de los ateos y blasfemos de todos los tiempos. Se atreve a expresar lo que muchos hombres y mujeres, sumidos bajo el peso del dolor, han pensado: Dios, si existe, es un indiferente al dolor de los humanos, un prepotente inmisericorde con el débil. Peor aún, es un juez injusto al que no le importa nada la justicia o injusticia de los seres humanos, un juez que acusa al justo de maldades no cometidas y lo entrega a los verdugos (16,6-14), un enemigo y hasta un sádico, verdugo de los humanos. «Te pido auxilio y no me haces caso... Te has vuelto mi verdugo» (30,21). A lo largo de la historia, Dios ha sido llevado a juicio, acusado, condenado: si permite el mal, no tiene derecho a existir.
5. **La reivindicación de justicia y de dignidad** para todo hombre o mujer que padece la injusticia. A diferencia del animal, es propio del ser humano reclamar el reconocimiento de su dignidad personal y de su justicia, la interpretación correcta de sus intenciones y la bondad de sus obras realizadas. A Job que ha vivido una vida intachable, vivida como amor y desvelo por los demás (Job 29-31), ¿no debe Dios reconocérselo y hacerle justicia?

Job encarna en sí uno de los escándalos mayores de la historia de la humanidad: los que padecen el mal y la crueldad no son los malvados y criminales, los opresores y tiranos; lo son los «santos inocentes», los pequeños y humildes de la sociedad. Job, grito del inocente víctima y del justo sufriente, encarna la defensa de la dignidad del ser humano y la de-

fensa de la solidaridad contra la lectura insolidaria de los que dicen: sufren por su culpa, solo ellos, no Dios ni los otros seres humanos, son culpables de sus males (remito al libro de Gustavo Gutiérrez, *Hablar de Dios desde el sufrimiento del inocente*).

«LOS SANTOS INOCENTES»

- **Lo son los niños.** ¡Remueve las entrañas el verlos convertidos en «niños de la calle», en hambrientos, maltratados, violados, muriendo de tristeza inmensa, forzados a ser soldados y asesinos! ¿Quién les hace justicia? ¿Dónde está Dios? «Yo no creo en una creación donde los niños son torturados», en célebre frase de Albert Camus.
- **Lo son los humildes de la tierra,** la gente buena y honrada de todos los lugares, «los santos inocentes» (de la novela homónima de Miguel Delibes, puesta en película), los que se sacrifican por la buena marcha de sus familias y de las sociedades, los que dedican su salud, su tiempo, sus escasos medios a mejorar las condiciones de vida de los otros seres humanos, los que hacen el bien sin pensárselo siquiera porque les nace hacerlo, los que exponen sus vidas a la incomodidad y al riesgo...
- **Lo son «los mártires»,** los magullados por la vida, los no reconocidos ni homenajeados por nadie, «los abandonados de la mano de Dios», los expulsados de sus tierras, los que no tienen defensores en los tribunales ni en los foros internacionales, las víctimas de los programas de producción inhumanos de las multinacionales, los enviados como carnaza a los frentes de guerra, los perseguidos y los eliminados...

«Los pobres andan desnudos, pasan hambre, pasan sed, gimen los moribundos...»: Job 24 describe la indefensión de los desprotegidos ante los malvados, depredadores y violentos. Y Dios calla: la miseria y el clamor de millones de seres humanos chocan con el silencio de Dios, así como con la indiferencia de los otros seres humanos.

Los gritos y rostros de los sufrientes injustamente están clamando al igual que Job: «hazme justicia, hacedme justicia» (así como los de muchos salmistas: Sal 3; 5; 7; 10; 11; etc.). Cada lugar del mundo y cada día de la historia reclaman justicia a favor de millones de hombres y mujeres, mayores y niños. ¿A quién reclamársela?, ¿a la historia hecha por los humanos?, ¿a la madre naturaleza?, ¿a Dios? ¿A quién pedirle cuentas del enorme volumen del mal, de la inmensa atrocidad del sufrimiento huma-

no? ¡Problema candente y eterno! ¿No hará justicia ni siquiera Dios, a tanto inocente, justo o mártir de este mundo, maltratado, sea por otros hombres, sea por la vida? Job expresa el escándalo más hiriente de la historia. «Job pone al desnudo las raíces del ateísmo» (J. Levêque). Hay razones para ser ateo o, al menos, agnóstico. Están en la Biblia misma porque están en la historia de Israel-Judá y en la de todo pueblo, en los campos de batalla, en las fosas comunes, en las cárceles y en los campos de internamiento y exterminio, los lugares de hambre y enfermedad...; y están incluso en las historias de vida de muchas parejas y en el seno de innumerables familias.

3) Hablar de Dios, ¿olvidando Auschwitz?

Más de seis millones de judíos, así como centenares de miles de gitanos, deficientes, etc. fueron exterminados en plan sistemático con maquinaria estudiada para destruir la vida. Auschwitz sigue sacudiendo la conciencia de muchos pensadores, creyentes y agnósticos, judíos y cristianos. ¿De qué no es capaz el ser humano? Después de una violencia de tal magnitud (repetida en los civilizados siglos xx y xxi), se preguntan constantemente: ¿cómo hablar de Dios? «¿Se puede seguir orando a Dios después de Auschwitz?». Como lo hacían los judíos del siglo vi-v a.C.: ¿se puede pensar bien de Dios después de 586?, ¿y en el exilio y posesilio de Babilonia?».

¿Qué posturas tomamos ante el hombre o mujer que se desata desde el dolor, con palabras cuasi blasfemas, contra Dios y contra la vida? Unos sintonizan con él, le acompañan y respetan (como los amigos de Job en un primer momento: Job 2,11-13); otros se escandalizan, se tapan los oídos, lo condenan y le cierran la boca, lo abandonan; y hay quienes se ponen a dar lecciones de teología al que no puede con su alma: es lo que hacen los amigos de Job en un segundo momento (Job 4-27). Una y otra vez, con saña religiosa, le acusan de pecado: el mal le acaece por castigo merecido de Dios, no por culpa de Dios. Dios es justo; de ninguna manera se puede poner bajo discusión ni su omnipotencia, ni su justicia, ni su bondad, ni su sabiduría. Toda la culpa debe estar en el hombre Job. No hay ninguna otra explicación posible: ha tenido que pecar. Los tres acusan, unánime y tenazmente, sin piedad, a un hombre indefenso y lastimado (Job 4,1-9; 11; 20; 22). Este, además de su desgracia y sufrimiento, padece juicio y condena. A menudo no hay peor juicio que el del otro hombre o mujer. Y hay quienes echan la culpa de todo el mal que acaece en el mundo al ser humano; pero el enigma es mayor: ¿de dónde viene el que haga el mal, el que no pueda menos de hacer el mal?

¿QUIÉN TIENE LA CULPA DEL MAL?

- ❑ El otro hombre y/o los colectivos humanos: con su egoísmo personal y colectivo, con sus estructuras injustas, con su dureza de corazón... No hay razón para echarle la culpa a Dios. («Somos los hombres los que hacemos llorar a los dioses», dice el samurái en el filme *Ran*.) No es este el caso de Job.
- ❑ Yo mismo soy el culpable del mal que padezco. Mi descuido de la salud, mi adición a la bebida o a las drogas, mis actitudes incorrectas, mi comportamiento abusivo o injusto... ¡Absurdo echar la culpa al vecino, a la sociedad, a los ricos y poderosos, a Dios!
- ❑ ¿Es el malvado, el criminal, el violador, el condenado y juzgado por todos como indeseable por sus atrocidades el culpable de lo que hace? Puede gritar: ¿por qué soy lo que soy?, ¿por qué he llegado a criminal y a condenado?, ¿quién es el culpable de mi culpa, el responsable último de mi ser criminal? Pregunta abierta.
- ❑ ¿A quién echar la culpa de los dolores y males de los que no cabe echar la culpa a nadie de este mundo? Los de orden cósmico, o psicoafectivo, o existencial-antropológico y espiritual: el terremoto y el huracán, la soledad y la insatisfacción, la experiencia de vacío, el sinsentido de la vida, la experiencia de mi finitud, el deterioro corporal, la enfermedad y la muerte inevitables, el miedo al más allá, la lejanía de Dios... Todos los que tienen que ver con «la condición humana» y con «este mundo, al mismo tiempo tan maravilloso y tan deficiente». Cada corazón humano es un capítulo de preguntas; cada sepulcro humano es un grito de protesta al cielo. ¿A quién echarle la culpa de este «mal metafísico»? El no creyente quizá lo haga a «la madrastra naturaleza»... ¡o «a Dios si existe»! ¿Y el creyente?
- ❑ La pregunta adecuada a hacer es más bien esta: ¿por qué el primer Job no culpa a Dios de nada y por qué le culpa el segundo? El libro de Job nos presenta los dos tipos de creyente: ¡por algo lo hace! Ese es el secreto a descubrir. ¡La fenomenología de la fe es tan plural!

¿Qué pensar de los «tres amigos» de Job, teólogos defensores de Dios a costa de Job? Representan la vieja teología, la idea simplista, arraigada entonces y en muchos hombres y mujeres de hoy: si hago el bien, Dios me tiene que premiar; si hago el mal, me castiga. Con otras derivaciones: «Yo cumplo con Dios, Él tiene que cumplir conmigo; ¿por qué no me hace caso?» (Antonio). O «Dios le castiga por...»; «cuando tuve a mi hija deficiente, lo primero que pensé fue: ¿qué mal he hecho yo para merecerme esto» (Ana O.). «Quién pecó, él o sus padres, para que naciera ciego», preguntan los discípulos a

Jesús siglos más tarde (Jn 9,1-3; y Lc 13,1-5). A Job su conciencia no le reprocha nada y se defiende, con razón y tenacidad, de la acusación de sus amigos (Job 4-5; 8; 15; 22). Estos se ufanan de ser «sabios» y defienden a Dios a costa de Job. ¿Se puede defender a Dios a costa de un ser humano magullado por la vida? «¿Intentáis defender a Dios con mentiras e injusticias?» (13,4-12). ¿Es el ser humano el culpable de todo? La verdadera reflexión y defensa de Dios (hacer teología) ¿no cabe solo tras empatizar con el sufriente y compartir su dolor? Y tras hablar a Dios mismo en oración (después, apartado 6); solo cabe tras vivir la doble cercanía: con el sufriente y con Dios.

¿DEFENSA DE DIOS A COSTA DEL SER HUMANO?

- ▣ **Falsa por ser dogmática e incuestionable:** ese defender a Dios a toda costa, cerrando los ojos a las situaciones y experiencias que vive el ser humano, las preguntas que le nacen. Ese afirmar con tozudez y sin sensibilidad los principios de siempre, olvidando la realidad humana concreta, plural y compleja. Los amigos de Job se repiten sin cesar: con ellos no avanza la teología por dos razones: está desconectada de la realidad y no pasa de ser debate intelectual sobre Dios. ¿Puede ser acertar a hablar de Dios quien no parte de la experiencia de la vida, del respeto a la realidad del dolor y de la experiencia del mismo Dios?, ¿sin dejar hablar al mismo Dios?
- ▣ **Falsa por ser antihumana:** ¡imperdonable ponerse a favor de Dios contra el hombre por no meterse dentro de su pellejo! ¡Teología poco sensible y poco cercana a la realidad histórica y sufriente! Teología que humilla al ser humano al no tomarle en serio tal cual es y vive a menudo haciendo el bien, al faltarle entrañas humanas. Teología falsa acerca de Dios por olvidar algo tan humano y real como el sufrimiento, algo tan sagrado y misterioso como el dolor. «No se puede hacer teología olvidando Auschwitz.» El hablar de Dios comienza por «escuchar la realidad», «la densidad del presente», y para escucharla, hay que «callar», hacer silencio hondo (Gustavo Gutiérrez).
- ▣ **Falsa por ser teología antidivina:** ¿acaso quiere Dios que se le defienda a costa de los seres humanos?, ¿y precisamente de los sufrientes?

4) «¿Por qué ser justo en un mundo lleno de injusticia?»

Job trata de defenderse de sus implacables amigos teólogos. Mira retrospectivamente su vida: en la misma ve páginas limpias; su corazón no le reprocha nada. Sin orgullo alguno, puede hacer en paz la confesión de su

vida (29-31: leerlo). Ha tomado en serio a Dios y al prójimo: los ha amado y servido con fidelidad. Su religión no ha sido simple rito externo para «ganar a Dios con dinero espiritual», sin corazón ni coherencia con la vida. Puede decir: «Yo defendía al huérfano y a la viuda indefensos; yo era ojos para el ciego, era pies para el cojo; yo era el padre de los pobres y no soportaba a los malvados...» (29,12-17). Job podía hacer la confesión de su justicia: «¿No lloré con el oprimido, no tuve compasión del pobre?» (30,25). Fe en Dios, limpieza en el corazón, honradez en la vida, amor y ayuda al necesitado, compartir el propio pan con el otro ser humano, justicia con el obrero... habían ido siempre a la par en su vida (31). Su confesión no es falsa ni hipócrita, la hace desde la verdad de su vida: Dios mismo se lo reconoce (1-2). No la hace con el orgullo espiritual del fariseo de la parábola (Lc 18,9-14); la hace desde el dolor, la humillación y la injusticia padecidos en su carne. ¿Responderá Dios a la fe puesta en Él, a la justicia practicada con largueza en la vida?

Job vive la sensación de que para nada le sirve su justicia practicada. Le entran los peores pensares sobre el valor de lo que él ha vivido y practicado como algo capital e irrenunciable. Se convierte de nuevo en portavoz, esta vez, de los hombres y mujeres intachables y obradores de justicia, creyentes, increyentes o ateos, que han entregado su vida, gota a gota, por los demás: ¿merecía la pena?, ¿quién los reconocerá?, ¿hay alguno que les haga justicia? Siente que se le cae por tierra todo lo que ha estimado y vivido: el amor, la justicia, el respeto y ayuda al otro ser humano, compadecer al sufriente... Y se le cae por tierra su imagen de Dios: ¿se ha equivocado respecto a Él?; ¿no es como se lo imaginaba? Siente que ha acabado por frustrarle y por maltratarlo incluso despiadadamente. Y se le cae por tierra todo su pensar sobre el ser humano mismo: inútil defender su dignidad, la valía de su existencia, la razón y fundamento últimos de su comportamiento moral. Dicho más en concreto:

1. **¡Difícil pensar bien de Dios! Difícil defenderle!** «Dios acaba con inocentes y culpables», dirá Job en osada y blasfema acusación. El ateo niega a Dios; el creyente puesto a prueba no puede menos de dudar de su bondad, sabiduría, justicia y poder. ¡Difícil fiarse de Él, abrigar esperanza, serle fiel!
2. **El ser humano no cuenta:** lo mismo da que haga el bien o que haga el mal. Nadie va a realizar una valoración justa de su vida. Por lo tanto,
3. **¿Para qué empeñarse en ser justo, fiel y creyente?** Los felones de este mundo lo pasan mejor, prosperan, a pesar de perseguir a los justos y burlarse de todo criterio moral y de todo respeto a Dios, dice Job (21,5-15.22-34; 24). ¡Dios no defiende ni hace justicia, ni siquiera a los suyos! Había sido ya la acusación del profeta Jeremías lanzada a Dios:

«tengo un pleito contigo, Señor, un punto de justicia: ¿por qué tienen suerte y prosperan los malvados y sinvergüenzas, mientras a mí, tu profeta, me entregas a su saña?» (Jr 12,1-5; reaparecerá el problema en el libro de Sab: véase cap. 6). «¿Por qué ser moral? ¿Por qué ser justo en un mundo lleno de injusticia? La duda escéptica más fuerte de todas las dudas» (Kohlberg, psicólogo).

¡NI ÉTICA NI RELIGIÓN!

Caen por tierra tres intuiciones válidas:

- ☐ **La imagen de un Dios poderoso y justo** que hace justicia al creyente, al inocente y a todo «hombre de buena voluntad». Hay razones de peso para ser ateo, o para blasfemar de Dios, o para dudar de su bondad o de su poder. O Dios es poderoso, pero no le interesa nuestra suerte, o es misericordioso, pero no puede salvarnos, dirá siglos más tarde Epicuro, filósofo. ¡Abajo toda teología, todo hablar sobre Dios; y abajo toda religión y culto: no tienen sentido!
- ☐ **La imagen del ser humano, el valor de su vida**, la belleza de sus mejores realizaciones. ¿Merece la pena elaborar una antropología, una visión positiva y esperanzada del ser humano? ¿A cuánto podría llegar, en realidad? ¿Habría que decir lo que dirá otro «sabio», en la línea de Job: ¡qué cerca el hombre del animal!: los dos mueren? Tanto ellos como sus mejores obras acaban bajo la losa y en el olvido (Qohélet).
- ☐ **La validez de toda moral, la razón última de toda ética**. Nada parece tener valor, nada merecer la pena; nada parecer servir de nada a la hora de la verdad. Ni el bien practicado, ni una vida intachable, ni la religión vivida te salvan. ¡El mejor amor de un padre y de una madre, de un marido o de una mujer, el sacrificar la vida por otros hombres o mujeres de bien acaban en polvo! La vida humana más preciosa y fecunda no tiene valor de eternidad, pues no parece haber un Dios que valore lo que hace el ser humano. De suyo son inútiles, detrás de los mismos no parece haber un Dios que pueda y quiera de verdad hacer justicia a los inocentes, honrados y sufrientes de este mundo. Solo cabe y tiene sentido una ética de mínimos, ética de conveniencia y consenso entre los humanos para evitar un caos insoportable en este mundo.

Job es, una vez más, portavoz. Portavoz de los que padecen las peores sospechas y dudas: no vale fiarte de Dios. Da lo mismo practicar la justicia que aplastar al otro, amar que ser egoísta, salvar vidas que eliminarlas, alabar a Dios que blasfemar su nombre, vivir confiado en Dios que hacerte

dios a ti mismo. He ahí a Job, convertido en el portavoz de los que niegan el valor de toda religión y de toda ética. El silencio de Dios significa la inutilidad de la oración y la inutilidad del bien practicado. El ser humano no puede salvarse a sí mismo ni con el mal ni con el bien, ni con el amor ni con la oración. Si Dios no hace justicia y todos, justos e injustos, acaban en la muerte, algunos sacarán una clara consecuencia: «comamos y bebamos, que mañana moriremos»: este había sido el sentir y el programa de vida de muchos judíos ya antes, por los años 700 (Is 22,13) y más tarde (Sab 2). ¡Lo ha sido y lo es de muchos otros a lo largo de la historia de la humanidad! «Si Dios no existe, todo está permitido», dirá uno de los hermanos Karamazov, permitiéndose asesinar a su propio padre, sacando las consecuencias más terribles. ¿No necesita toda ética una teodicea?, se plantea el filósofo Max Horkheimer. ¿Dónde fundamentar la moral si no hay un Dios salvador que haga justicia? Otros, agnósticos admirables, dirán: tiene más sentido hacer el bien que el mal, amar que odiar, construir que destruir, hallar sentido a la vida realizando el bien. Hay algo admirable en esa afirmación: es propio del ser humano tener sentido moral aunque no tenga un fundamento absoluto. Pero ¿no sigue siendo una afirmación que se sostiene sobre un solo pie?

5) «Me pasaré la vida luchando con el misterio»

Job estalla en gritos de rebeldía y protesta. Le hace culpar a Dios y lo hace con rabia y violencia cuasi blasfemas. Cae en el extremo contrario al de sus amigos: ¡se defiende a sí mismo (y a los que sufren sin razón) a costa de Dios! Ante el sufrimiento propio (y el ajeno), el ser humano se convierte en una máquina de pensar, de dudar de todo, de acusar a alguien y de buscar. Es su grandeza y su peligro. ¿Pero cabe una defensa del ser humano a costa de Dios? Job mismo sabe que es absurdo meterse con Dios, acusarlo, retarlo a un tribunal (Job 9,1-20; 13,3.13-27). Pero no puede evitarlo: es una llaga viviente, por dentro y por fuera, y el dolor extremo le hace estallar y acusar. ¿Tiene razón?

TODO REMITE A DIOS

¡Imposible para el creyente no relacionar todo lo que acaece con Dios! Dios está implicado de algún modo en todo: en el bien y en el mal, en la vida y en la muerte, en la aurora de cada mañana y en el crepúsculo agonizante de cada tarde, en la oscura tiniebla y en la esplendente luz, en el amor que hace feliz y en el odio que mata, en la justicia y en la injusticia...

Está todo en relación con el que es el origen y fundamento de todo. Todo lo que existe o acaece en nuestra historia remite a Aquel, por quien son «cielo y tierra», pasado, presente y futuro. ¿Cómo lo está? ¡Problema arduo del que se han ocupado durante milenios la filosofía y la teología! Existe el orden inmanente, objetivable, explicable en lenguaje racional; ¿pero no existe un orden trascendente y, por ello, inobjetivable e indescriptible?, ¿cómo hablar del mismo en lenguaje racional? Queda abierta la pregunta: imposible dilucidarla aquí.

Job está en un *impasse*, ante un paredón sin escalada posible. Como los pensadores y teólogos de siempre ante el problema del mal. Frente a sus amigos que lo acusan, se siente con la conciencia limpia: ha jugado limpio en la vida; sus males no pueden ser por castigo de Dios. Pero corre peligro de elaborar una teología explicativa, tan barata como la de sus amigos. Con todo, da un paso importante: en medio de sus audaces acusaciones, intuye que Dios es demasiado misterio para culparle del mal y del sufrimiento humanos. Sus amigos, ¡teólogos oficiales de Dios!, desde su confortable bienestar, agarrados a lo de siempre, creen tener respuestas al misterio; Job, hecho un manojo de llagas, no quiere ahorrarse el misterio: nos ha hecho el favor de estirar las preguntas sobre Dios y el ser humano hasta un extremo escandaloso; pero, de ese modo, está abriendo nuevos horizontes a las palabras «Dios, ser humano, justicia, el mal y el bien, el más allá...». Está enriqueciendo, con densos capítulos, el hablar sobre Dios y el ser humano. Se le han derrumbado sus certezas adquiridas; no puede ofrecer explicaciones, no las tiene: ¿acaso las hay para el misterioso Dios y el inmenso problema del mal? Lo que hace es poner cuestionamientos e interrogantes que abren su corazón humano (y el nuestro) a ese mismo Dios insondable. «Me pasaré la vida luchando con el misterio», dirá Miguel de Unamuno, cuestionador implacable. Pero, mientras debate y cuestiona todo porque la vida misma lo lleva a ello, algo capital ocurre en el corazón de Job: poco a poco, de sentirse contra Dios, va pasando a Dios.

Job vive un debate con sus amigos teólogos; pero vive sobre todo un atormentado debate consigo mismo. Se siente con razones para acusar a Dios con saña; pero al mismo tiempo intuye que le rodea el misterio: Dios es Otro, alguien diferente al que no se le puede medir con la misma vara; más aún, que es absurdo acusar y rechazar a ese Dios que es, al fin y al cabo, el único Absoluto y fundamento posible de toda realidad. ¡El único posible! Mejor dicho, el Tú más digno de deseo, añoranza y confianza a pesar de todo. Ello explica los mil sentimientos contradictorios en que se expresa por su atroz dolor y soledad.

CONTRA DIOS Y CON DIOS

Las afirmaciones de Job se parecen a las que han hecho muchos, creyentes y no creyentes, en libros, en conversaciones de la calle, en filmes. Mientras en unas se niega o se duda de Dios, en otras se desea su existencia: ¿no es el ser más deseable, a pesar de su insondabilidad? Una vez más, presentamos una «fenomenología de la fe», como en el apartado 3: un modo de ofrecer la paradoja de la fe.

- ⌈ «Si Dios existe, el mundo está gobernado por un criminal» (O. Keel).
- ⌈ «Si Dios existe, es una mierda; y yo le daría una patada en el culo» (el joven Alexander, en el filme *Fanny y Alexander*, de Ingmar Bergman).
- ⌈ «Después de Auschwitz no se puede creer en Dios ni rezarle de la misma manera» (rabino Rubinstein). Muchas y plurales las reacciones de los condenados al exterminio, lo testimonian los grafiti hallados: «Aunque me mandes a las cámaras de gas, seguiré creyendo en Ti», escribió uno. La mejor respuesta la daban al caminar a la muerte orando a Dios (como Jesús en la cruz). «Lo esperaba todo de Ti. ¿Dónde estabas, Dios de bondad, en Auschwitz?... (Auschwitz) no puede ser concebido con Dios, ni tampoco sin Dios» (Elie Wiesel); etc.
- ⌈ «Creo en Dios. ¿Cómo podría vivir si no? Y más después de la Shoah (holocausto). Yo creo porque si dejara de creer, no habría más que tinieblas. No creo en Dios a pesar de lo ocurrido, sino precisamente por lo ocurrido. Es algo que ni yo mismo entiendo; no me pida que se lo explique» (un judío cuya mujer e hija habían sido eliminadas).
- ⌈ «Dioses, ¿por qué necesitáis divertirlos con el llanto y el gemido de los hombres?» (el bufón en la película *Ran* de Akira Kurosawa, definida como «la mayor tragedia cinematográfica»).
- ⌈ «Si a la vida siguiese la nada, sería una injusticia intolerable» (algún autor).
- ⌈ «Si le agarro a ese Dios, lo mato» (un padre ante su hijo de siete años, cadáver después de tres años de cáncer). Si le pillo a Dios, le doy un par de tortas que no se va a olvidar. Que esto me lo hiciera a mí que he sido un cabrón, pase. Pero a un niño de tres años totalmente inocente, no se lo perdono (el padre de un niño de tres años muriéndose con cáncer).
- ⌈ «Hay golpes en la vida, tan fuertes, yo no sé..., golpes como del odio de Dios» (el poeta César Vallejo).
- ⌈ «Larga agonía/ desde el nacimiento hasta la muerte. / ¡Dios es un asesino!» (versos de Eugene O'Neill).

- «No entiendo un mundo con Dios. Pero tampoco sin Dios» (Adolfo Marsillach).
- Hay que reclamar justicia no solo para los vivos, sino también para los muertos... Una justicia plena, justicia que no es hecha a la mayoría de los hombres en este mundo (Max Horkheimer, filósofo).
- «¿Quién puede hacer justicia plena a las víctimas de la crueldad y a los mártires sino Dios? Solo Dios, el «Absoluto positivo», puede hacer que el verdugo no prevalezca sobre el mártir, el inicuo sobre el inocente» (O. González de C.).
- «No hay para mí ningún Dios al que pudiera adorar de espaldas a Auschwitz..., ni teología de espaldas... al holocausto, ni de espaldas al atónito sufrimiento de los pobres y oprimidos del mundo» (J. B. Metz).
- «Creo en la luz aunque no brille. Creo en el amor, aunque no lo siento. Creo en Dios aunque no hable».
- «Si Dios existe, no es justo conmigo» (Ignacio D., enfermo, abandonado por los suyos; pero sigue creyendo).
- «Señor, Dios mío, dame fuerza» (Joaquina al morírsele un hijo a los dos meses de nacer y una hija a los 17).
- «Por lo que me sucedió, le eché una bronca a Dios; ¡y me quedé más bien!» (Garbiñe).
- «Reza lo más duro cuando rezar sea lo más duro» (dejó escrito el cantante David Bowie, muerto en enero de 2016). Y su mujer, Imán, negra, exmodelo, 26 años de casados, a su muerte: «El sufrimiento es real, como también lo es Dios».
- Pnina, madre de una niña de cinco años y un niño de dos, pierde a su madre y su niña en un atentado terrorista en Jerusalén; el niño queda herido... «Quedé enojada con Dios, ahora no puedo prenderle velas. Siempre me pregunto: ¿dónde está Dios?, ¿dónde estuvo Dios ese día? Isaac, mi marido, en cambio, se ha vuelto mucho más religioso desde entonces y, por eso, respetamos más el sábado» (testimonio recogido por Mario Vargas Llosa).

El caso de Job se presta a analizar:

- La fenomenología del bienestar: cómo es vivido por los humanos;
- La fenomenología de la reducción y del dolor humanos: cómo se presentan a lo largo de la vida;
- La fenomenología de la fe: cómo aparece vivida por unos y por otros;
- La fenomenología de la no-fe: cómo aparece vivida igualmente por unos y por otros.

6. Esperanza en la desesperanza

Textos principales: 7,1-6.7-21; 9,27-31; 10,1-22; 13,13-14,22; 17,1-9; 30,20-23; 16,18-22; 19,25-27.

1) «La esperanza, lo último que se pierde»

Job no puede contar consigo mismo; no puede contar con sus amigos y familiares; ¿puede contar con Dios? En principio, no lo experimenta cercano, amable, digno de confianza: «Dios me ha cerrado el camino y no tengo salida (19,6-22; y 3,23; 6,8-23). ¿No es el que más le ha defraudado? ¿No es Dios como un torrente de agua junto al cual te has puesto a vivir y, de repente, deja de llevar el agua necesaria para tu vida, como se lo dice Jeremías? (Jr 15,18)?, ¿no es un espejismo, un Dios falso que te falla a la hora de apagar tu sed? «Pasan mis días, fracasan mis planes; imposible convertir la noche en día, la tiniebla en luz. ¡Nada espero! El abismo es mi casa... ¿Dónde queda mi esperanza? (Job 17,10-16). Lo más deseable en esta noche de desesperanza, al menos a ratos, le parece la muerte; la anhela: morir «sería un consuelo para mí» (6,7-13; 7,15; 10,18ss; 17,1). Los golpes de la vida y la falta de esperanza de cambio han quebrado su resistencia. ¡Cómo seguir «llamando día a la noche!» Cuando no hay esperanza, la tiniebla ha invadido la luz, la vida se percibe invadida por la muerte. «Hay momentos en que hasta los santos dudan de todo, de Dios y de su amor. Ninguna luz se entrega sin esta noche» (Emmanuel Mounier, pensador).

No obstante, en su tiniebla, una intuición, a modo de la tenue luz de la aurora, se va abriendo camino penosamente en su corazón: ¿no le hará Dios justicia algún día, por algún camino insospechado? El mal no puede ser lo último; la justicia tiene que triunfar sobre la violencia; el justo debe acabar siendo reconocido; el verdugo no puede tener la palabra definitiva. Poco a poco, Job se va abriendo a la esperanza: «Aunque Dios me matara, yo seguiría esperando en Él». «La esperanza es el arma de los desarmados»; «es la tela de la que está entretejida nuestra vida»; «la esperanza es la virtud de los tiempos de crisis» (Gabriel Marcel, filósofo). Desde su nacimiento hasta su muerte, «el hombre es ser de esperanza», «un ser esperante». La historia de Job es la historia de todo ser humano a la búsqueda de sentido, luchando por la esperanza. En el fondo, todo ser humano está llamado (condenado) al sentido, a la esperanza y a la espera (G. von Rad).

A lo largo de un penoso proceso (Job 4-31), le van asomando a Job atisbos de esperanza, rayos de sol a través de los nubarrones. Lo que padece no es desesperanza, sino desesperación; no carencia de esperanza,

sino quiebra de la misma. ¿Es la condición y el camino de maduración hacia una esperanza auténtica? (O. González de Cardedal). Job comienza lentamente a abrigar un rescoldo de esperanza en el fondo de su corazón. Percibe y acusa a Dios de lejano e indiferente a su dolor; peor aún, de injusto y cruel. Pero ¿a quién otro sino a Él puede acudir?; solo Él puede ser garante de su inocencia y salvador. «Señor, que estoy oprimido: sal fiador por mí», dice con otro creyente de Judá en la experiencia límite de agonía (Is 38,9-20; y Job 17,3). El creyente vive la contradicción en su corazón, como aquella mujer: pierde a su hijo de 37 años, dejando a su mujer embarazada y con una niña de 4 años: «No te perdono, eres cruel, ¿por qué?»; y con todo, sigue rezando el Padre nuestro.

2) Orando a Dios desde el infierno

Desde el basurero el corazón de Job comienza a abrirse a Dios. Desde su infierno de dolor ora: ¡un salto importante en la psicología del que sufre! Su diálogo-debate con los amigos está jalonado por seis pasajes en que rompe a tutear con Dios. Ora desde la experiencia misma del abandono y silencio de Dios. Este, merecedor de sospecha y hasta de blasfemia, ¿no es, con todo, merecedor de confianza suplicante? Orar le impide hundirse en el pozo de la desesperación total y le permite ir renaciendo a la esperanza. Oración de llanto y súplica, de franqueza a veces brutal. El sufrimiento no es tanto para ser pensado como para ser confiado a alguien; ¿y a quién sino al que es fuente y descanso? El dolor no es para hacer teología, es para maldecirlo, para erradicarlo si es posible o para orarlo y confiarlo a Dios. Job comienza, por fin, a convertirlo en oración. Ora lo que vive y le angustia, lo que teme, lo que sufre, lo que anhela. Su dolor, su crisis total y su soledad son, al mismo tiempo, el lugar y el contenido de su oración: ¡ora desde su dolor, ora su dolor! Porque ora, Dios va dejando de ser un «él» lejano, objeto de las peores sospechas y acusaciones, para venir a ser un tú cada vez más cercano y digno de esperanza (leer las páginas indicadas arriba).

Oración agresiva, cuasi blasfema, pero oración de creyente: diálogo con el «tú» de Dios. ¡Como la oración del profeta Jeremías y de tantos salmistas! Oración no serena y lógica, sino revuelta, como el agua bullente. ¿Quién puede acusar de blasfemo al que ora desde el sufrimiento, el miedo y la angustia? Job entremezcla acusación y confianza, desesperación y esperanza, la pregunta «por qué» y la súplica esperanzada, la protesta airada y el silencio que espera la respuesta. Oración de quien se cree olvidado y hasta torturado por Dios y oración de quien le busca apasionadamente y quiere tocar su corazón. ¡Oración al Dios santo

desde la carne herida del hombre! Dios parece cruel, injusto; pero ¿hay otro que pueda hacer justicia al ser humano? Imposible comprender cómo conduce la historia, por qué permite el mal, por qué concede poder a los malvados y amorales; pero ¿hay otro de quien se pueda esperar respuesta y solución a tantos enigmas y absurdos de este mundo? «Di el porqué del porqué, ¡Dios del silencio! ¡Dime tu nombre que es tu esencia!» (Miguel de Unamuno).

Su Dios acusado con razón es también su Dios invocado esperanzadamente con más razón: «Sal fiador por mí ante Ti mismo, ¿quién si no será mi garante?», quién responderá de mí (17,3). La oración es el indicio de que Job sigue esperando en ese mismo Dios del que la vida le ha llevado a pensar y sentir lo peor (Job 10; 17,1-9). Orar a Dios ¿no es, a veces, orar contra Dios mismo? Oración-combate a brazo partido, como Jacob, con ese ser misterioso durante toda la noche (Gn 32,23ss). ¡Combate contra Él, esperando vencerlo, ganar su corazón y su palabra! Su Dios aparentemente torturador y verdugo ¿no será su Dios abogado defensor? (Job 16,7-20). No puede esperar nada de sus amigos, familiares, sociedad; ¿no puede esperar que lo rescate y salve Dios? Ese Dios aparentemente callado, indiferente y hasta cruel, ¿no puede ser precisamente su liberador? (19,7-27). Job ora y espera desde las lágrimas: «A Dios alzo los ojos llorosos» (16,20). «Solo puede ver en el corazón de Dios el que mira a través de las lágrimas» (Weiser). Como el salmista (Sal 22; 88). Es la puerta abierta para el que sufre colmado de desdichas. Le inspira esperanza una certera intuición: ¿puede Dios no ser fiel a su propia criatura? Si la olvida y la pierde, ¿no sale Dios mismo perdiendo algo suyo? (7,7.21).

Hasta 31 veces se dirige Job a Dios suplicando: «recuerda que...». Como diciéndole: soy criatura tuya, no puedes abandonar la obra de tus manos. El Job que decía a Dios: «aparta de mí tu mirada», «acaba conmigo cuanto antes», «me torturas sin piedad»; «Tú destruyes la esperanza del hombre»... (7,19; 10,20; 14,19), acaba por suplicarle: «tus manos me formaron y modelaron, ¿y ahora me aniquilas? Recuerda que me hiciste de barro, ¿y me vas a devolver al polvo? (10,8-9; etc.; véanse Salmos 38; 88; 143; Is 38,9-20).

3) El silencio es más sabio y profundo que la palabra

Todo el poema (Job 3–31) es un lento itinerario hacia la esperanza. Con ella Job comienza a desear «un cara a cara con Dios». Al principio le

parece imposible lograrlo; ¡peligroso pretender un encuentro con Él para defenderse y reclamar que le haga justicia!: ¿no es arriesgado ponerte a discutir nada menos que con el Dios soberano? (siente la misma sinrazón que Jeremías, Jr 12,1s). Poco a poco, superando los miedos, se atreve a retar a Dios a un encuentro, encuentro de confrontación, para ver quién de los dos ha faltado, quién de los dos puede acusar al otro. «Venga lo que viniere, arriesgaré todo, me jugaré la vida..., con tal de defenderme en su presencia..., pues soy inocente (13; y 23; 9,1-20; 29-31). ¡Muy juntos en Job el temor al Dios santo y la confianza, las dudas sobre Él y el anhelo de verle! Al final, «toda la esperanza de Job se resume en estas dos palabras: “Veré a Dios” (19,26)» (J. Levêque).

Al final de un largo camino interior, Job calla: «las palabras de Job se han acabado» (31,40b). Tanto él como sus amigos han agotado todos sus argumentos, tanto a favor como en contra de Dios. ¡Inútil seguir hablando sobre misterios! (31,35-39). Toca callar: al ser humano le desbordan las cuestiones límite, los grandes interrogantes de la existencia. Pensadores y teólogos quedan desbordados por el problema del mal y del sufrimiento. La palabra humana es más pregunta que respuesta, su saber es más búsqueda que hallazgo. La sabiduría humana abre incógnitas y las deja abiertas, sin poder aclararlas. ¡La palabra más sabia es el silencio expectante y confiado! Solo Dios es sabio, solo Él posee sabiduría insondable (Job 28): solo Él puede responder. Job lo espera: ¿no es, al fin y al cabo, criatura suya? Pero debe aceptar vivir la esperanza ¡como espera! Ante el problema del mal solo cabe quemarse, desesperarse y blasfemar de Dios, o callarse en un silencio suplicante y esperanzado, único modo de dar paso a Dios: «El fin de los caminos del hombre es el comienzo de los caminos de Dios» (Weiser).

«El silencio es más sabio y profundo que la palabra» (Ernst Jünger, teólogo). Al cabo de un largo y torturante debate, Job ha aprendido a guardar silencio. Toca parar la máquina de la mente para que el corazón se prepare a escuchar y vivir experiencias. Llega a ser sabio callando y abriéndose a la palabra que le pueda venir de Dios mismo. Espera que se digne hablarle y dejarse ver por algún lado, y dejarle ver algo de su misterio y del misterio que rodea al ser humano. Debe responder, de algún modo, a las acusaciones y preguntas de Job, y a las de multitud de hombres y mujeres sufrientes desde el comienzo de la historia: tanta «sangre clama desde el suelo» (Gn 4,10). El ser humano no puede obligarle a hacerlo; pero si Dios existe, ¿no responderá y hará justicia al ser humano? Solo Dios puede «abrir el libro sellado con siete sellos» (el libro ilegible del enigma de la historia: Ap 4-5) y hacer justicia a los maltratados de «la gran tribulación» (Ap 7,13ss).

«Dios es el que viene cuando todos se van; el que se enciende cuando todo se apaga» (Gloria Fuertes, escritora).

Quedan cortas toda teodicea y toda teología, silenciado todo pensar humano sobre Dios elaborado por filósofos y teólogos. Solo Dios puede defenderse a Sí mismo, solo Él puede revelar algo de su propio misterio y de cómo conduce este mundo. El ser humano solo puede presentarle su indignancia radical, su llanto, sus preguntas y su silencio: ¿conmoverán el corazón de Dios? Es soberanamente libre; ¿se inclinará hacia el ser humano, criatura suya al fin y al cabo? Esa es la esperanza de Job y, por ello, calla y se pone a esperar. El silencio es el prelude de la revelación (Philippe Nemo, filósofo, autor de *Job y el exceso del mal*): hay que dejarle hablar a Dios, por si quiere hacerlo en su misericordia.

PREGUNTAS PARA LA REFLEXIÓN PERSONAL Y GRUPAL (III)

- ❶ ¿Te han herido el mal y el dolor en tu vida? ¿Bajo qué formas?
¿Qué interrogantes ha suscitado en ti? ¿Lo armonizas con tu fe en Dios si eres creyente?
- ❷ ¿Hay que explicar el mal o, más bien, resolverlo? Y si no tiene solución, ¿qué haces? ¿Qué significa integrarlo en la relación confiada con Dios?
- ❸ ¿Comprendes a los ateos, a los agnósticos, a los que dudan de Dios, a los blasfemos?
- ❹ ¿Cómo hablar de Dios y defenderle «desde Auschwitz», desde todo lo que acontece de doloroso y absurdo en el mundo?
- ❺ ¿Sabes orar a Dios desde las lágrimas, la soledad afectiva, la enfermedad, el paro laboral, las noticias de cada día?
- ❻ ¿Cómo alimentar la esperanza en las situaciones límite de la existencia?
- ❼ Lee Job 15; 21; 24,18-25: ¿qué te parece el modo de hablar sobre Dios de los amigos teólogos de Job? Pregunta importante: ¿desde qué presupuestos, en qué condiciones se puede elaborar bien la teología, hablar acertadamente de Dios y del ser humano?
- ❽ Lee Job 4,17-25; 9,1-4; 14,1-6; 15,14-16; 25,1-6: tenemos a menudo una experiencia superficial y moralista del pecado; descubre la experiencia antropológica del pecado: ¿no es algo más hondo?

7. Desbordado por el misterio

Con el silencio de Job termina el segundo acto teatral y baja el telón. Un autor posterior ha añadido una nueva escena, Job 32–37: en la misma un nuevo teólogo, Elihú, actor único en este tercer acto teatral, suelta su *speech*, un largo monólogo. Quiere corregir las tesis de los teólogos anteriores y salir al paso de las palabras escandalosas de Job. Su tesis principal es que Dios puede querer corregir y educar a los suyos mediante las pruebas de la vida, lo que explicaría, ¿en parte?, la experiencia del mal. Dejamos de lado esta sección. Cuando se levanta de nuevo el telón, sucede algo sobrecogedor.

Por fin, interviene el actor oculto y callado hasta ahora: Dios. «Entonces el Señor habló a Job desde la tormenta»: así comienza el 4º acto. Job 38–42 constituye una de las páginas más sobrecogedoras y poéticamente bellas del AT. Te invito a leerlas. Su sentido es rico.

1) El cosmos: espectáculo, misterio, teofanía

Dios calla, tarda en hablar (9,16). Pero, por fin, habla y responde a Job. Dios no es silencio, acaba siendo palabra: se revela. Parece lejano, invisible e insensible a los gritos del ser humano: «acudo tras Él a todas partes y no está, lo busco y no lo encuentro, se esconde y no lo veo» (23,8-9: experiencia dolorosa de muchos hombres y mujeres). Pero, por fin, el Dios silencioso que se hacía esperar, habla; el Dios lejano rompe las distancias; y el ser humano puede percibir su cercanía y su palabra. Llama la atención: Dios responde a Job, preguntándole a su vez: ¡nada menos que unas cincuenta preguntas, en cascada! Un alarde retórico, con preguntas en dos series (38–39 y 40–41). ¡Y un alarde de sabiduría zoológica en particular, con detenimiento en los animales exóticos! (¡no era pequeña, para aquellos tiempos, la ciencia del autor!).

Con sus preguntas en cascada, Dios emplaza a Job ante las maravillas que tiene ante sus ojos en el cosmos y en la naturaleza. He ahí a Job convertido en turista por el universo, «viajero de la mano de Dios por un inmenso reino de maravillas» (L. Alonso Schökel). Dios lo hace para que Job se sienta desbordado, no por Él, Dios trascendente, sino por el cosmos, la naturaleza, el reino animal: por el mundo que pisa, observa y palpa el ser humano. De cuestionador crítico de todo, le invita a ser espectador pasmado del museo viviente de Dios, llevándolo al límite de su estupor (dejamos a los especialistas los problemas que presenta Job 38–42: sus posibles añadidos).

- Mediante las preguntas, Dios invita a ver, como en un documental, científico y poético a la vez, las maravillas de la tierra y del mar, la belleza de la naturaleza, la grandiosidad del cosmos y de los fenómenos atmosféricos, los portentos del reino animal... Las preguntas se reducen a una única: el cosmos con sus fenómenos, la naturaleza con sus seres, ¿no contienen algo de maravilloso e insondable? Son espacios explorados por el ser humano en sus ciencias; con todo, siguen mostrando su misteriosidad inescrutable, tanto al hombre antiguo como al moderno, al analfabeto y a un premio Nobel. ¿No remiten más allá?
- Lo maravilloso y lo insondable del cosmos y de la naturaleza remite al ser humano a lo insondable de Dios: ¿cómo medir y juzgar a Dios para pedirle cuentas? Hay una barrera infranqueable entre el Dios trascendente, soberano y libre, y el ser humano, mera criatura contingente. ¿Acaso puede este juzgar su obra? (véase Sir 42,15-43,33; 39,12-35). No debe mirarlo como un Dios relojero del mundo, ni técnico montador de un aparato perfecto, ni reparador de sus desarreglos cósmicos e históricos: sería no comprender nada de nada: Dios es más, como lo es también su obra creada.
- A un Job tentado de pensar que este mundo es un caos, gobernado por el poder del mal o por un Dios arbitrario y perverso (Job 12,13-25), Dios responde: Él vela por todo; todo es creación suya; y por ello, todo es una teofanía suya: ámbito en que puede ser visto como bueno, providente y omnipotente contra el mal. Solo Él puede domeñar el mal, simbolizado sobre todo por los dos animales más temibles: el hipopótamo y el cocodrilo (Job 40).
- Después de cada serie de preguntas, un Job abordado y desbordado en su propia realidad mundana por Dios, no puede menos de responder con una doble confesión de admiración: «Me siento pequeño, ¿qué replicaré? Cerraré la boca con la mano»; «hablé de grandezas que no entendía, de maravillas que superan mi comprensión...; por eso me retracto y me arrepiento...» (40,3-5 y 42,1-6: después). He ahí a Job, anonadado, pasmado, sobrepasado. Dios y su obra sobrepasan todo pensar y conocer humanos: es de sabios conceder espacio al misterio, por desconcertante que sea. Debe despertar su antena de admiración, asombro y pregunta, tanto ante el misterioso Dios como ante la realidad asombrosa que observan sus ojos e investiga con sus ciencias.

2) Es necesario ensanchar la inteligencia del hombre

Dios cierra a Job la boca desde el asombro, a base de preguntarle a su vez. Mejor dicho, le responde emplazándolo ante preguntas mayores y aumentando el número de las mismas. No hay que achicar el misterio, sino

aumentarlo, reconocerlo en toda su amplitud: el mundo mismo en todos sus ámbitos está impregnado de impenetrabilidad. Junto a lo caótico y lo inaceptable se dan también lo bello, lo ordenado, lo cuidado, lo admirable. ¡Fabulosa pedagogía! A las preguntas de Job, Dios responde aumentando la capacidad de admiración y pasmo, de silencio y pregunta del mismo (J. Levêque). Por ahí comienza su respuesta a sus protestas y acusaciones. Job tenía razón al plantearlas: no hay que aceptar, sin rebeldía y sin protesta, el sufrimiento y el mal, el lado oscuro de la realidad. Pero ¿no reduce esta si mira solo una de sus caras, la mala? ¿Tiene razón al acusar a Dios del mal?, ¿dónde deja el misterio del bien, de la bondad y belleza, de «los mil sonoros ríos de la vida» (que dice la canción), de las mil expresiones del amor y del gozo de vivir en la vida humana? Hay razones para no creer en Dios o para blasfemar de Él; pero ¿no hay más razones para creer en Él, alabarlo y confiarse a Él?

¿Y EL MISTERIO DEL BIEN?

A base de preguntas, Dios quiere dilatar el corazón y la mente de Job. Tú dices: No se puede comprender a Dios, es misterio desconcertante; no sabes cómo conduce la historia, por qué permite la injusticia, cómo ejerce su poder y su bondad... Dios responde: Te resulto misterioso y desconcertante; pero ¿no es misterioso el mundo que tú pisas y crees conocerlo y dominarlo? Si no puedes explicarte mil cosas de aquí abajo desde tus ciencias, sobre todo el porqué, el de dónde, el para qué y el hacia dónde últimos de los seres y de la historia, ¿cómo pretendes comprender mi misterio y mi plan sobre los seres humanos?

Las ciencias explican el universo con sus leyes y mecanismos de funcionamiento, pero no apagan el estupor extasiado del ser humano. El macrocosmos y el microcosmos siguen despertando admiración, pasmo, sentido de gratuidad, gratitud e inexplicabilidad última: ¿desde cuándo y por qué son así? ¡Y nos abren el camino al misterio mayor: Dios! Es lo que está entre líneas en Job 38–42. «Hay dos tipos de personas: aquellos para quienes no se da ningún milagro y aquellos para quienes todo es milagro» (Einstein). ¡Una florecilla que emerge esplendorosa de la tierra para solo una semana es una maravilla, al mismo tiempo explicable para la ciencia moderna e inexplicable a un nivel más hondo! Y el recién nacido en los brazos de su extasiada madre: sabe cómo lo ha traído, ¡y con todo...! ¡No se puede explicar el mal! Te irrita y te subleva, no puedes comprenderlo, explicarlo, aceptarlo. Pero ¿se puede explicar el bien, la belleza, el orden, la armonía que reinan en el universo? La vida inabarcable en sus mil variedades, el rostro fascinante de un niño, de un hombre, de una mujer, el amor en sus mil expresiones, la belleza de una aurora o

crepúsculo... «El problema no es que exista el mal. Al contrario, lo que me pasma es el bien. Que de vez en cuando aparezca... el milagro de la ternura» (J. Rostand, biólogo, ateo). La literatura es «para hacerse esa pregunta que es el verdadero misterio del mundo: de dónde proceden, a pesar de todo, el bien y la dulzura» (Gustavo Martín Garzo).

El ser humano vive ante un espectáculo permanente, ante un derroche de belleza y orden, de vida multicolor e inabarcable. Un escenario donde Dios muestra su bondad y su poder, su solicitud por los seres, su cuidado por la vida, su gratuidad, su sabiduría inconmensurable. El mundo no es un caos, sino que lleva escrito en su entraña un proyecto divino que el ser humano se siente urgido a descubrir, a pesar de ser enigmático (Philippe Nemo, filósofo). Para el que tenga ojos y corazón abiertos, viene a ser una pantalla donde se refleja un Dios poderoso, sabio y atento a la vez. ¿Puede el ser humano retarle a un juicio, pidiéndole cuentas de cómo y por qué hace las cosas? Job se escandaliza por el mal y el dolor que se dan; ¿por qué no asombrarse por el bien y la belleza que despliega Dios en el mundo? ¿Puede reducirse a ser un *homo technicus*, mero manipulador de los seres convertidos en objetos, sin ser un admirador, remitido a la misteriosidad última de los seres, sobre todo de sí mismo? ¿Sin ser poeta derramando su palabra simbólica? ¿Sin ser pensador que sondea la razón profunda de los seres? «Dios nos habla a través del mundo y de lo que experimentamos en él» (Carmelo L.). «Dios nos susurra en los placeres; nos habla en la conciencia; pero nos grita en el dolor: es su megáfono para despertar a un mundo sordo» (C. S. Lewis, pensador y escritor inglés). «Tiempo perdido es aquel en el que no hemos vivido una verdadera vida humana, aquel que no ha sido enriquecido por la experiencia, la creatividad, el disfrute y el sufrimiento» (D. Bonhöffer, pocos meses antes de ser ahorcado).

3) «Te conocía solo de oídas; ahora te han visto mis ojos»

Las preguntas de Dios a Job no son toda la pedagogía de Dios. Mediante las mismas y más allá de las mismas, Dios le concede un reencuentro con Él. Job experimenta, por fin, al Yo de Dios, presente y cercano. Ahí está el Dios acusado pero anhelado y suspirado: el Dios aparentemente lejano e injusto se le hace, por fin, un rostro viviente y próximo. Ser reencontrado por Dios: experiencia mística que vale más que mil respuestas intelectuales. Tras una dolorosa andadura y cuestionamiento en su busca, Job «ve» a Dios en su corazón, lo experimenta en su carne herida. Experiencia que compensa todas las experiencias del mal y del dolor, todas las búsquedas y anhelos vividos. En medio de todo lo bueno y de lo malo,

«lo mejor que me ha sucedido en la vida eres Tú, Señor» (Carmen M.).

«Pase lo que me pase, que me pase Contigo, Señor» (Mikel H.).

- a) En un primer momento, Job se siente sobrepasado y enmudece: ¿cómo hablar de Dios, si no entiende siquiera de tantas cosas de este mismo mundo? ¿Cómo hablar de Dios y sobre todo contra Dios? «Me siento pequeño, anonadado, desbordado, ¿qué replicaré? Me taparé la boca con la mano; no insistiré en mis preguntas y acusaciones...» (40,3-5). Un primer paso: comprender que no podemos explicar tantas cosas de este mundo nuestro, que Dios es misterio y que la palabra humana, tanto sobre el mundo como Dios, comienza por el asombrarse, el callarse y el esperar.
- b) En un segundo momento, tras una nueva serie de interpelaciones de Dios, en realidad tras una nueva zambullida en la misteriosidad de todo, Job se siente transformado y pasa a ser adorante: «Empañé tus designios con palabras blasfemas y sin sentido...; hablé sin entender de misterios que superan mi comprensión... Ahora sigo con todas mis preguntas; pero me has hecho entrar en tu misterio; antes te conocía solo de oídas, ahora te han visto mis ojos» (42,1-6). Primero, Job se siente desmontado de sus dudas y acusaciones a Dios; a ello sigue lo importante: ha pasado a tener experiencia del Dios vivo y personal: está con él en el basurero... ¡y le basta! ¡Qué largo proceso ha necesitado pasar para llegar a ello!

SOLO DIOS BASTA

Dios no ha respondido a las preguntas de Job, no le ha dado explicación alguna sobre el mal e injusticia de este mundo, pero le ha respondido introduciéndolo en su propio misterio: ¡lo que más necesita el ser humano! La teología, la reflexión y el debate racionales plantean, no curan; pueden dar algunas pistas, solo la experiencia sana y serena. El misterio de Dios es para vivirlo, más bien que para explicarlo; para acogerlo, más bien que para indagarlo; para agradecerlo y adorarlo, más bien que mirarlo analíticamente. Si lo vives, todas las preguntas se te disuelven. Es la experiencia de los grandes creyentes y místicos. ¡Experiencia más colmante que las mejores experiencias del ser humano! ¡No elimina el dolor y el mal, pero te permite integrarlos! ¡En medio de los mismos, Dios puede ser cielo para el ser humano que vive en los pequeños o grandes basureros de aquí abajo! Dios penetra como luz en la tiniebla humana y la ilumina: «Creo en tu luz más que en mis tinieblas, creo en tu luz desde mis tinieblas» (Antonio N.). A la pavorosa experiencia de finitud y reducción de Job (Job 3–31) ha sucedido la experiencia de Dios como

plenitud colmante (38-42). En la existencia humana hay momentos en que el ser humano es invitado a creer que «solo Dios basta» (Teresa de Avila). Perdiendo todo, Job ha quedado reducido a «solo Dios», pero también a «todo Dios»: «Dios mío y mi todo». Como el profeta Habacuc (Hab 3,16-19).

(Una vez esto, el final de Job 42,10-17 está de sobra y fuera de lugar, teológica y espiritualmente; el autor judío lo ha puesto como epílogo de su magistral obra por no suprimir un resto del antiguo cuento.)

4) La mejor palabra de Dios: su presencia

Experiencia de su palabra y experiencia de su presencia, tras pasar por la experiencia de su silencio, ausencia y lejanía. ¡Los dos modos, juntos, que tiene Dios, en el libro de Job y en toda la Biblia, de introducirse en el corazón humano y de introducir al ser humano en su corazón! Dios no es mudo: habla; no es silencio, es palabra; no es lejanía, es presencia y rostro. Pero no está al alcance del ser humano; ha hecho falta que Job lo experimente callado y lejano (incluso injusto) para que lo busque apasionadamente, lllore su ausencia, lo invoque a rabiarse desde el dolor. Por fin, Dios, en su bondad, le responde y se le muestra. ¡La mejor respuesta: el encuentro!

La doble respuesta de Dios, por la palabra y por la presencia, en Job 38-42, se asemeja a la de Jesús a los dos discípulos que iban camino de Emaús: Jesús les explica con palabras la razón de su fracaso y muerte en la cruz: «tenía que padecer»; pero sobre todo hace «que su corazón arda ya en el camino» y lo experimenten comensal a su mesa, presente de nuevo en sus vidas. Vivido como experiencia, vuelven a creer en Él, se reestablece la relación con Él, relación superior a la anterior (Lc 24,13-49). Lo mismo en tantas escenas del evangelio.

Dios no ha respondido a las preguntas intelectuales (filosófico-teológicas) de Job; pero ha respondido a sus malestares e interrogantes existenciales. Le ha venido a ser presencia luminosa en la tiniebla. Y lo ha serenado. Su experiencia renovada de Dios le vale más que mil palabras, explicaciones y teologías. Job acepta ahora vivir la existencia con toda su problematicidad: tiene sus lados oscuros, pero no es absurda; está llena de enigmas, pero Dios la penetra con su presencia misteriosa; a menudo es dolorosa y, con todo, es aceptable desde Dios. Tras un largo y turbulento recorrido, este segundo Job sigue en el basurero, pero ha llegado a la fe

serena y confiada del primer Job. Ha acabado por intuir que tiene sentido confiar en Él también desde la tiniebla. En fe desnuda; no necesita entender con razones: le basta acoger a Dios mismo en su misterio.

Job acaba por rendirse porque ha redescubierto a Dios. Su rendirse no es sumisión del esclavo por miedo a su amo; es volver a fiarse de Dios. Lo ha descubierto más profundamente precisamente desde el sufrimiento y porque sus mil preguntas eran preguntas de búsqueda de un Dios más real. Tras un itinerario doloroso (Job 3–31), Job llega, por fin, a la fe madura del Job primero. Para ello, su fe ha tenido que integrar la realidad de este mundo, pasar por el crisol de la prueba, confrontarse con los interrogantes que plantea la vida humana. Ha tenido que sentirse desbordado por las preguntas que pone la historia: «¡Dios es todavía más grande que mis graves preguntas!» («¡Qué insondables son sus decisiones e inescrutables sus caminos!»), dirá Pablo: Rom 11,33.) Ha tenido que pasar, sobre todo, por vivir una experiencia más honda del Dios vivo para madurar en la fe.

8. Job llagado, «¡ese gigante de hombre!»

Llegados al final del libro de Job, he aquí algunas consecuencias... Job te asombra: es capaz de orar a Dios desde su infierno de dolor y soledad. Es el ser humano doliente capaz de salir de sí y hablar con sus amigos-ene-migos y de dialogar especialmente con Dios. No cae ni se encierra en una postura narcisista: el peligro de todo el que sufre. Es capaz de dirigirse a ese mismo Dios que le ha escondido su rostro, que tarda en responder a sus gritos, que parece ser injusto y cruel con él. Como Jeremías en sus crisis y dudas, como Elías en su desesperada huida y soledad, como Jesús en su noche total de Getsemaní y del calvario, como Teresa de Lisieux en sus «últimas conversaciones»... Job representa «la ausencia total de Dios convertida en oración» (dice algún autor). Como los salmistas (Sal 22; 88; 130; etc.), o como aquellos judíos que caminaban hacia las cámaras de gas orando a su Dios. Oración pura, hecha desde un eclipse total de Dios. Su religión no es interesada (1,9).

Su oración es «desahogo con Dios»: «ahora quiero desahogarme»; «hablará mi espíritu angustiado, se quejará mi alma entristecida» (30,16; 7,11). Es protesta y rebeldía, lloro y lamentación, pregunta y acusación a Dios. Es franqueza audaz ante su Dios, deseo de discutir con Él y acusarlo, aunque le parezca absurdo, ¡es tal la profundidad de su dolor y de su prostración! Su oración es reflexión sobre la vida, la justicia, la esperanza, el pecado, la muerte, el más allá... Roza la blasfemia y termina en un desafío (31,35-37.40b). «Seguramente es posible vivir sin esperanza, y tal vez vivir

incluso sin verdad, o al menos existir; pero no es posible vivir sin oración. Orar quiere decir: romper la soledad y vencer el temor a la soledad» en la lucha por experimentar la presencia de Dios, cuando Dios se hace el ausente (Elie Wiesel, judío superviviente de los campos de genocidio, premio Nobel de la Paz, muerto en 2016). «La necesidad de dejar hablar al sufrimiento es condición de toda verdad» (Theodor W. Adorno, filósofo). ¡Y condición de toda curación tras vivir los horrores, como los del 11-M! (Madrid, 2004), dirán los psicólogos.

Su oración es también humildad: sospecha de que no tiene razón ni derecho para culpar a Dios, intuición de que Dios es un abismo insondable al que nadie puede asomarse. Es presentimiento de que Dios es un haz de luz, al que nadie puede mirarle bajo riesgo de quemarse los ojos. Por ello, su oración es también capacidad de callarse y permanecer en silencio, en espera confiada de la respuesta de Dios. Y es capacidad de escucharle a Dios y de maravillarse ante los muchos misterios de la vida, de la naturaleza y de la historia. Capacidad, sobre todo, de acoger al mismo Dios como presencia que envuelve toda la realidad incomprensible de la historia y como presencia que alcanza al ser humano herido por esa realidad. Su oración va viniendo a ser capacidad de rendirse a los designios insondables de Dios y aceptar sus caminos desconcertantes. Y viene a ser, por fin, capacidad de actitud adorante y agradecida a Dios: la oscuridad de Dios, de lo que es y de lo que hace, ¿no es más luminosa que la claridad que consigue la maravillosa pero limitada razón humana?

En una palabra, este Job destrozado, desnudo, llagado y postrado en el basurero es ¡un gigante de hombre y de creyente! Ha terminado como «el primer Job» (Job 1–2): creyente de talla gigantesca; pero ha necesitado vivir un largo y tempestuoso itinerario, cuajado de preguntas, sospechas y rebeldías. ¿El caso de muchos hombres y mujeres del comienzo de este tercer milenio? Generación de creyentes a los que, como a los judíos de los siglos VI-IV a.C., la fe en Dios no les resulta evidente, connatural y fácil, sino fe herida: Dios sigue siendo desconcertante. Fe buscadora de un encuentro más hondo con Él desde un corazón capaz de asumir e integrar toda realidad. ¿Se puede ser creyente hoy de otro modo? El cristiano del mañana será místico o no será cristiano (Karl Rahner).

9. El mundo, un espejo roto

¿Tienen respuesta las preguntas de Job a lo largo de su requisitoria? Dios no las responde en Job 38–41. Lo intenta indirectamente, desde la bondad, orden y belleza del mundo creado; pero ¿no es este, en realidad,

un espejo roto? Admirable por una parte, agrietado e imperfecto, por otra. Hay quienes se sienten empujados a creer en Dios desde sus maravillosos «signos» desparramados en el cosmos y en la historia humana: escenarios ambos de las experiencias más positivas y colmantes. Y hay quienes se sienten empujados a negar (ateos) o a aparcarse a Dios (agnósticos): ¡están tan a la vista los «antisignos», monumentales e hirientes! El ser humano presencia, al mismo tiempo, panoramas de amor y de crueldad, de justicia y de violencia, de bondad admirable y de sufrimiento bestial: la doble cara de la realidad que envuelve al ser humano (recuérdese Gn 2-3, en *Drama y esperanza*, vol. I, cap. 3).

Diríamos que Job, con sus interrogantes, pone en aprietos a Dios mismo y que Este los desvía. En realidad, el autor del libro no puede poner en boca de Dios ninguna respuesta satisfactoria desde el punto de vista teológico o intelectual. La respuesta al problema del mal no puede ser solo desde las maravillas del cosmos (y de la historia), ni solo teórica e intelectual: intento de explicación del mal, de la muerte, del pecado y de la injusticia; debe ser histórica, fáctica, eficaz. No necesita tanto respuesta intelectual sino solución. Y esta no cabe enteramente en este mundo finito y caduco, sujeto a las leyes de la temporalidad y contingencia. Solo permite parches y mejoras relativas, siempre amenazadas. La solución, «la justicia plena», solo podría llegar en un «cielo nuevo y una tierra nueva», que trasciende esta historia y este mundo. Un mundo «sin llanto ni muerte» estaba intuido y anunciado por los profetas (Is 25,6-9; 65,17ss; etc.); pero tan solo en el siglo II a.C. llegarían los judíos a hablar de una resurrección y de una vida en el más allá, precisamente para hacer justicia a los justos mártires y a los maltratados de este mundo. ¿Puede Dios hacer justicia plena al ser humano si no es resucitándolo a una condición humana nueva, más allá de este mundo? (Dn; 2 Mac; Sab 1-5). Solo al final de la historia, cuando cese todo llanto, violencia y muerte «concluirán los debates sobre Dios» (W. Pannenberg, teólogo protestante). Y cesarán los claroscuros, malestares e interrogantes existenciales del corazón humano.

LIBRO FABULOSO, PERO DEFICIENTE

El mal no es para ser interpretado y explicado, sino para ser protestado, combatido y eliminado en la medida en que se pueda y/o confiado a Dios en oración confiada y esperanzada. La teología verdadera debe abocar en teopraxis: la del amor que transforma, palabra que anuncia y realiza al mismo tiempo el Reino de Dios, corazón que sufre por el otro doliente y

lo sana, praxis que suprime las varias experiencias de mal (enfermedad, culpa, marginación, injusticia, muerte), en la medida en que pueda. Medida inevitablemente limitada: el ser humano puede y debe luchar contra el mal en cualquiera de sus formas; con todo, no podrá resolver muchos problemas, sobre todo de tipo afectivo y existencial. Una teología verdadera hasta el final solo Dios mismo la puede hacer cuando acabe con todo poder y forma de mal y haga justicia plena a todo hombre y mujer, como a Jesús de Nazaret, resucitándolo y colmándolo de su propia vida. Mientras tanto, el creyente confiesa a Dios como puede desde su carne llagada, sin poder defenderlo satisfactoriamente como teólogo. A menudo, viene a ser una «permanencia en la fe sin teología» (O. González de Cardedal).

Literariamente, el libro de Job es una obra acabada; es asimismo perfecta desde el punto de vista experiencial y dramático: el protagonista Job, desde la máxima vivencia del dolor y del desamparo, recorre un camino hasta acabar en una experiencia de Dios que le serena y colma. Con todo, teológicamente es deficiente: deja colgadas las grandes cuestiones planteadas.

El autor judío del siglo IV, con todo su pueblo, no conoce aún esta apertura a un horizonte de justicia y felicidad colmadas en una eternidad más allá de la muerte. Por ello, no puede poner ninguna respuesta teológica válida en boca de Dios (Job 38–41). Pero, por otra parte, con gran acierto, ha intuido que solo la experiencia del encuentro con Dios, posible también en este mundo, es la clave: no explica el mal, pero permite integrarlo y asumirlo en fe esperanzada. Por ello, ha creado la imagen de este hombre Job: haciéndole pasar por los interrogantes y la búsqueda que crea la experiencia del mal, le hace llegar a una fe madurada gracias a una experiencia de Dios. Dios puede ser fuente de sentido y de vida para el que vive «en el basurero» de la existencia. Su respuesta es de orden experiencial: el Dios vivo y envolvente vale más que mil demostraciones intelectuales. La fe es adhesión confiada, no a unas verdades religiosas razonables, sino al rostro de Dios percibido a través del «espejo roto».

La respuesta de Dios por ahora forma parte de su pedagogía al nivel del AT. Respuesta necesariamente parcial, hasta que llegue Jesús, en la nueva hora de Dios (Heb 1,1-2). Por ahora, Dios trata de mantener la fe y la esperanza del ser humano y de aumentar su capacidad de pregunta, su sentido de misterio y de admiración. Trata de abrir las antenas del ser humano; más tarde vendrá la onda verdadera, Cristo muerto y resucitado: podrá entonces, no explicar el porqué del mal y del sufrimiento, pero sí entrar un poco más en el misterio del dolor y del mal desde la esperanza de

la resurrección y, lo más importante, integrarlo y vivirlo con sentido desde el misterio pascual. «Sin Jesucristo, el mundo sería como un callejón sin salida» (Teilhard de Chardin).

«UN CIELO NUEVO Y UNA TIERRA NUEVA»

El mal y su experiencia son reales. El ser humano ha buscado afanosamente, por una parte, su explicación (filósofos y pensadores); por otra, ha luchado contra el mal en cualquiera de sus formas; ha abordado el misterio del mal intelectual y fácticamente, sin llegar a explicarlo ni a solucionarlo enteramente. La respuesta de Dios no puede ser solo intelectual; debe ser real: la de poner fin al mal, cambiando la condición actual del ser humano. Por ahí va lo que dicen los autores del AT mismo acerca de Dios. Dicho en breve, Dios ha creado el ser contra la nada, la vida contra la muerte (Gn 1-2); ha liberado al pueblo de una esclavitud (Ex); ha prometido «un cielo nuevo y una tierra nueva» donde no haya llanto, ni dolor, ni muerte (profetas); y ha prometido que hará justicia a los inocentes y justos de este mundo en un más allá (Sab). La imagen bíblica de Dios es la de un Dios soberano que quiere reinar para vencer el mal, la nada y la muerte y colmar al ser humano en comunión de vida con Él. La idea del «reinado-reino de Dios» atraviesa toda la Biblia, de su primera página (Gn 1-2) a la última (Ap 21-22).

En el NT, Jesús de Nazaret comparte el mal padecido por el ser humano, lo combate en su vida pública y, al fin, lo vence al resucitar. Jesús de Nazaret no explica el mal, lo combate en todas sus formas: enfermedad, marginación social, experiencia de culpa, muerte... Al mismo tiempo que anuncia la «buena noticia» del reino de Dios, lo realiza: hace justicia a los seres humanos maltratados o desfigurados por el mal; a su vez, Dios le hace justicia plena a Él: el inocente y justo condenado a la cruz es resucitado de entre los muertos a una condición colmada de vida. Este mundo de males sufridos por los seres humanos se ha convertido en el lugar donde Dios manifiesta su «gloria», su ser Dios: al mismo tiempo amor capaz de compartir y consufrir y poder capaz de vencer (Jn 9,1-3; 12,20-33; 20; Flp 2,6-11). Desde este Jesús, el creyente tiene otra clave, teológica y existencial, a la hora de abordar el mal: tanto a la hora de reflexionarlo (debate teológico), de combatirlo (con esperanza), como sobre todo de vivirlo en su propia carne. En la lucha contra el mal Jesús ha implicado a todos. Con Él, con sus seguidores y con los hombres y mujeres de buena voluntad, el reino de Dios espera y tiende a su realización y plenitud, al modo del grano de mostaza (Mc 4). Llegará «aquel día» en que Dios «ponga fin a toda muerte y a todo llanto, a todo grito de dolor y fatiga (Ap 21,1-5; y 4-5; 7).

10. Ateo y creyente conviven en el corazón humano

El Job creyente de Job 1–2 nos dejaba pasmados, con la sensación de «yo no soy como él». El Job de Job 3–42 nos asusta por el abismo de su dolor y por la audacia de sus preguntas. ¿Cuál de los dos nos refleja mejor?, ¿por qué?

Con todas sus «blasfemias» y cuestionamientos radicales, el libro de Job, forma parte de la Biblia. Es «palabra de Dios», pero surgida de los malestares y crisis que padece el ser humano. Job mismo es «palabra de Dios» para los seres humanos de todos los tiempos: es, al mismo tiempo, el ser humano que sufre, pregunta, busca, se atormenta, dialoga con la realidad y con Dios en mil tonos, y el creyente que acepta el misterio de la existencia y sus lados oscuros en espera confiada. ¡Un libro de valor eterno, iluminador para el creyente que vive su existencia en fe desnuda, con mil interrogantes! ¡Libro actual para los hombres y mujeres de este tiempo cultural de los Schopenhauer, Nietzsche, Freud, Camus y Sartre, Cioran y Bergman, Kundera...! Un libro prácticamente desconocido por las iglesias durante siglos (fuera de los dos primeros capítulos y ¡deficientemente leídos!), incapaces por ello de comprender el ateísmo moderno (casi hasta el Concilio Vaticano II) y de dialogar con él a lo largo de los siglos XVIII-XX (G. von Rad).

«Todo creyente lleva dentro de sí a un ateo y todo ateo lleva dentro de sí a un creyente» (L. Levêque). *Creer en ateo* se titula un libro de Sebastián Fuster. Job es el creyente tentado de ser ateo y blasfemo y el ateo y blasfemo tentado de ser creyente. Lleva a ambos dentro de sí. Ambos conviven dentro del ser humano: el cantor a Dios y el blasfemo, el ortodoxo y el hereje, el buscador de Dios y su negador, el seguro en la fe y el cuestionador crítico de todo. Más en estos tiempos de crisis cultural generalizada. Y cuando la vida lo hiere y le pesa, se le despiertan ambos con toda fuerza. De ordinario, ateo y creyente anidan en nosotros, tan cerca el uno del otro. ¡Variada, compleja y contradictoria la fenomenología de la fe!: certeza y duda acerca de Dios; necesidad de creer en Él y ganas de echarle por la borda; intuición de que es el Ser más adorable e importante, el fundamento último de nuestra existencia, y sospecha de que es nuestro rival, enemigo sin corazón, juez implacable, estorbo a la hora de ser libres y felices; deseo de amarle y quererle amigo, mi confidente de todo, incluso de aquello que le oculto a mi amigo más amigo, y duda de si le intereso y le importo, de si se acuerda de mí con cariño y ternura. El segundo Job es el hombre o mujer que vive todo como camino, también la fe: se va haciendo creyente, en itinerario tortuoso, en búsqueda apasionada, en confrontación con lo real y dramático de la existencia. «La duda no es lo opuesto a la fe, es una parte de ella» (Paul Tillich, teólogo protestante).

PREGUNTAS PARA LA REFLEXIÓN PERSONAL Y GRUPAL: LOS SILENCIOS DE DIOS (IV)

- ❶ ¿Cuál de los dos Job me cae mejor? ¿Con cuál de ellos me identifico más en mi caminar creyente o ateo?, ¿por qué?
- ❷ ¿Qué hago cuando sufro? ¿Salgo de mí mismo, hacia los demás, hacia Dios?
- ❸ ¿Antes de sufrir andaba yo extraviado...; me ha hecho bien el sufrir (experiencia del salmista: Sal 119,65-71). ¿Las pruebas y crisis personales me hacen crecer en fortaleza interior, en la calidad de mi amor, fe y esperanza, en mi verdad? ¿Cuándo y en qué condiciones ayuda el sufrimiento a madurar?
- ❹ Más importante que la explicación racional del mal es la reacción ante el mismo. ¿Cómo reacciona ante el mal un estoico, un ateo incipiente o convencido, un agnóstico, un creyente fundamentalista, un creyente con mil dudas, un creyente madurado en la fe, un resignado, un...?
- ❺ ¿Me dicen algo la maravilla de la naturaleza, los abismos insondables del microcosmos y del macrocosmos, el portento de la vida, la ternura del amor?
- ❻ ¿Rehúyo los interrogantes de la vida, el debate conmigo mismo, con la realidad, con Dios? Posible postura del hombre que se reduce a funcionar en la vida. ¿O lo asumo en agnóstico, o en ateo, o en «superhombre» a lo Nietzsche, o en creyente, en creyente orante, como Job, salmistas, Israel, Jeremías, Jesús?
- ❼ ¿Cómo podría ser la oración del creyente doliente? Recuerda a Jonás, a salmistas, a Jesús... ¿Cómo es mi oración cuando sufro por cualquier causa?
- ❽ ¿Por qué los silencios de Dios? ¿Por qué su tardanza en destruir todo mal y llanto, en hacerle justicia al ser humano? (2 Pe 3,11-15).
- ❾ ¿Cuál es la imagen de Dios que tenemos? ¿Un Dios razonable a nuestra medida y gusto, manipulable, de bolsillo... o un Dios misterio, sol que te deslumbra?
- ❿ ¿Cómo acompañamos a las personas dolientes, que se desatan contra la vida, contra los otros, contra Dios? ¿Como la mujer de Job? ¿Como sus amigos?
- ⓫ La cuestión central del libro de Job es la autenticidad o no de la religión (1,7-12; 2,1-10). ¿Cómo definir la fe, la fe madurada, sus rasgos, las circunstancias en que se muestra como tal?
- ⓬ Películas: *Tierras de penumbra*; *El destino*; *Ran*; *El violinista en el tejado*; *La peste*; *Wilde*; *La vida es bella*; *Los santos inocentes*; etc. Libros: Éloi Leclerc, *Sabiduría de un pobre*; Paul Lebeau, *Etty Hillesum. Un itinerario espiritual*; Oscar Wilde, *De profundis*; Elie Wiesel, *La noche*; etc.

PUNTOS COMPLEMENTARIOS PARA PROFUNDIZAR

El mal: su realidad cruda, sus variadas formas, su experiencia por hombres y mujeres. En concreto, el dolor padecido por los inocentes, los niños, los justos.

- ❶ Las preguntas límite, las cuestiones eternas: el sentido o sinsentido de la vida, la bondad o no-bondad de la realidad, la posibilidad o imposibilidad de esperanza, la experiencia de la tiniebla total y de la angustia, la soledad radical del hombre, su finitud esencial, la muerte...
- ❷ El anhelo de vida y el anhelo de muerte; el suicidio, la eutanasia.
- ❸ ¿Es el ser humano justo ante Dios? La experiencia del pecado a varios niveles, sobre todo la antropológica, en Job.
- ❹ Los «nuevos Job» de la humanidad actual a lo ancho del mundo.
- ❺ ¿Cómo hablar de Dios «desde Auschwitz»?
- ❻ El silencio y ocultamiento de Dios; ¿cómo y dónde se revela?
- ❼ ¿Qué es la fe? ¿Qué requiere del ser humano? ¿Y qué le aporta?
- ❽ La oración a Dios: cómo la vive Job.
- ❾ Cuáles son los presupuestos para hacer teología, para reflexionar sobre Dios y el ser humano.
- ❿ Cómo hablar hoy de la omnipotencia de Dios. ¿Nos encontramos ante un «Dios débil»? (Hans Jonas).
- ⓫ Cuestiones académicas de introducción al libro de Job: Origen e historia de la composición del actual libro de Job, su género literario, etc.
- ⓫ ¿Se ha inspirado el autor de Job en obras antiguas de problemática muy similar? Como: *Diálogo de un desesperado con su alma* (Egipto, hacia 2100 a.C.); *Lamentación de un hombre a su dios* («Job sumerio», 2000); *Alabaré al Señor de la sabiduría* («el Job babilonio»); *Diálogo de un sufriente con su amigo* («teodicea babilonia», entre 1400 y 800); «un hombre y su dios» (fragmentos de un poema sumerio, cercano al libro de Job); etc. Y con libros de la literatura de todos los tiempos, antiguos y modernos, más «después de Auschwitz».

NOTA: Se puede completar esta lista con la del capítulo 4, sobre Qohélet, pues están relacionados.